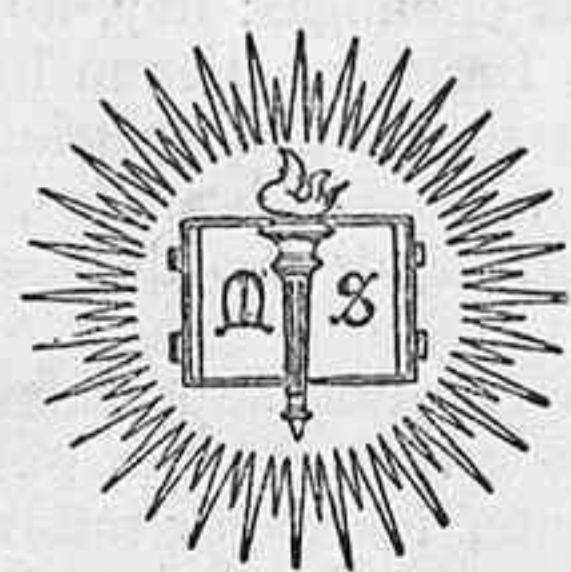


La Ilustración Artística

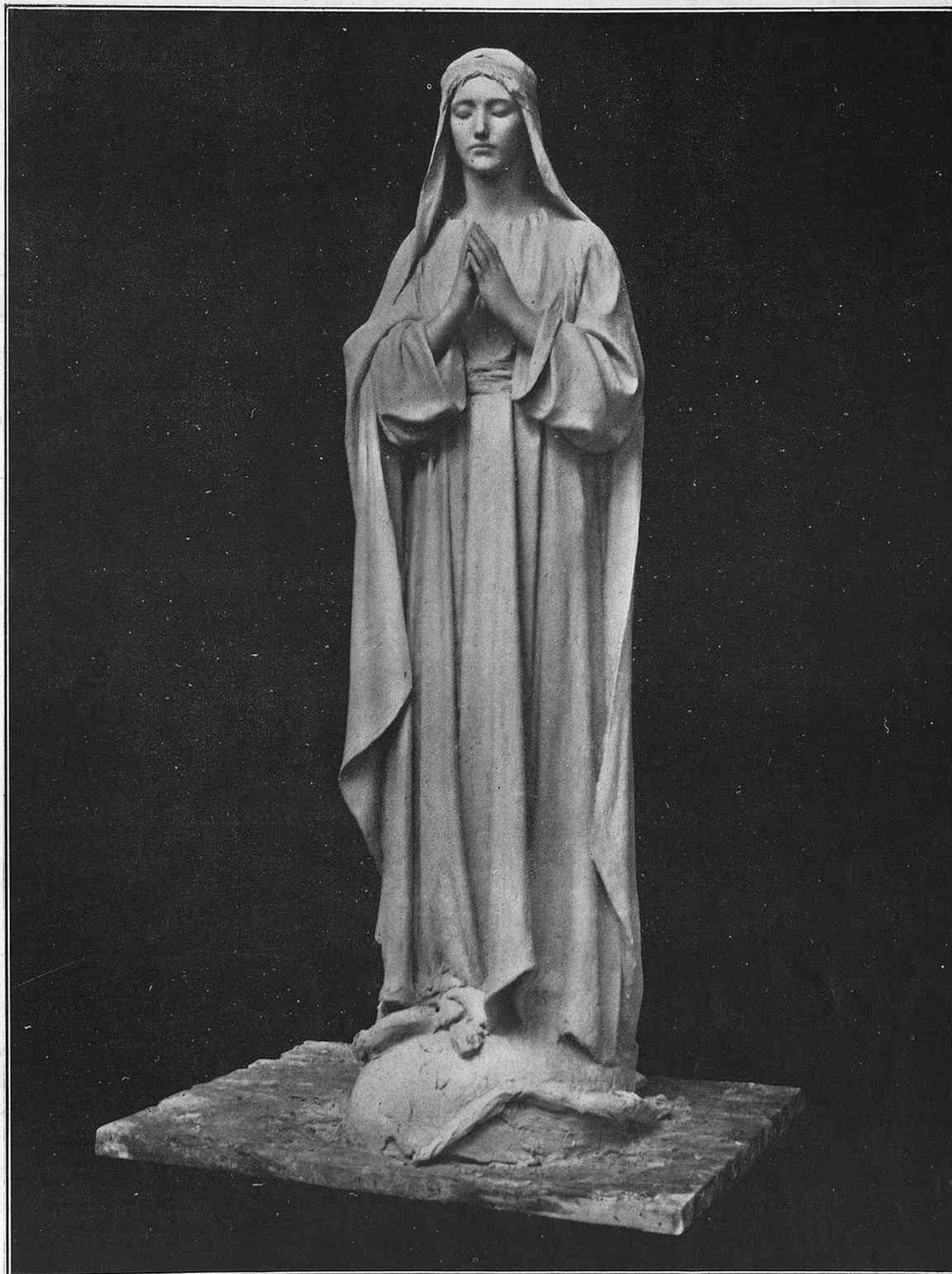


Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 29 DE MARZO DE 1915

Núm. 1.735



LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN, escultura de José Llimona.

destinada al templo de la Sagrada Familia de esta ciudad, la genial obra del eminente arquitecto Sr. Gaudí. (De fotografía de F. Serra.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La cita*, por Maricruz. — *El Sr. Suárez Inclán en Barcelona*. — *La guerra europea*. — Dr. D. Feliciano Viera. — *Barcelona. Homenaje a D. José Pastor*. — Madrid. *Notas de actualidad*. — *La Niania* (novela ilustrada; conclusión). — *Notas de la América del Norte*. Boston. *Institutos especiales para mujeres*. — Valencia. *Las fallas de San José*.

Grabados. — *La Purísima Concepción*, escultura de José Llimona. — Dibujo de Tamburini, que ilustra el cuento *La cita*. — *La Virgen del Rosario*, escultura de Rafael Atché. — *En el claustro*, cuadro de Ramón Casas. — *Barcelona. Banquete ofrecido al Sr. Suárez Inclán*. — *Futuros astros del teatro*, cuadro de Rico Cejudo. — *La guerra europea*. — *El sepelio de Jesucristo*, cuadro de Tiziano Vecello. — *La Santísima Virgen junto al cadáver de su divino Hijo*, cuadro de Fra Bartolomé della Porta. — Dr. D. Feliciano Viera. — *Barcelona. Homenaje a D. José Pastor*. — Madrid. *Notas de actualidad*. — *Notas de la América del Norte. Institutos especiales para mujeres*. — Valencia. *Las fallas de San José*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Francia — nunca para el bien fué tarde —, prohíbe severamente el Gobierno el uso del absintio, el «hada de los ojos verdes», droga literaria si la hay, que ha inspirado muchos versos y no poca prosa, en la hora decadente, cuando desfallecen tantas ideas nobles, tantas convicciones necesarias.

La guerra moraliza suprimiendo el alcohol, en todas sus insidiosas formas, supongo que sin excluir siquiera las *prunes a l'eau de vie*, golosina predilecta de los *mastroquets* y *beuglants*.

El absintio se disfrazaba de aperitivo, para mejor insinuarse. Los *vermouths* parece que son preparaciones del ajenjo.

Y digo «parece» porque no he llegado, en buen hora lo diga, ni a probar este veneno.

En calidad de veneno intelectual, sólo he admitido el lentísimo veneno del café. No conozco sino de oídas el opio, el ajenjo, la morfina y otros preparados igualmente creadores de paraísos artificiales. Y confieso que les tengo miedo, aun cuando dependa sólo de la voluntad el usarlos o no.

En las actuales circunstancias, en que se exige a la máquina humana la mayor suma de esfuerzo, se ha visto la necesidad de suprimir cuanto pueda debilitar a esta máquina, o paralizar sus resortes. Y la proscripción del alcohol es universal, hasta en Rusia, el país de las furiosas embriagueces.

Algo de bueno hay siempre hasta en lo más malo, y si la guerra europea fuese lo peor de todo, tendría por lo menos esta innegable ventaja: haber dado la voz de alarma a los Gobiernos contra el alcoholismo.

* * *

Un folleto que acaba de caer sobre mi mesa de escritorio me recuerda, una vez más, cuál es la situación y estado del mundo — mientras los soplos fecundantes de la primavera empiezan a hacer reverdecer el campo, y quisiéramos olvidar la pesadilla de una lucha que no lleva trazas de acabarse.

Cuando digo un folleto, debí decir varios; pero los que me interesan, por proceder de plumas amigas, son los de Alvaro Alcalá Galiano, *La verdad sobre la guerra*, y de Alfredo Morel Fatio, *L'attitude de l'Espagne dans la guerre actuelle*.

Empecemos por el extranjero, que es un ardiente hispanófilo, y lo ha demostrado bien por la orientación de sus estudios y la labor de su vida.

Con el conocimiento que tiene de nuestra historia pasada y presente, Morel Fatio analiza los elementos germanófilos que aquí existen, y su razón de ser.

No es fácil averiguar por qué España aparece, vista desde afuera, tan germanófila; sin embargo, yo juraría que el espejismo es reflejo de nuestras disensiones políticas.

En general, aquí los radicales y liberales avanzados son francófilos, y germanófilos los elementos de la derecha. Es decir que, no un concepto histórico ni filosófico, sino político, y de política presente, es el que ha formado la opinión relativa a este inaudito conflicto internacional.

En el folleto de Morel Fatio, lo mismo que en el de Alvaro Alcalá Galiano, hay cosas que me dejan perpleja. Hay argumentos de valía, y no todos los que pudieran alegarse, porque no digo un folleto, un libro en folio no bastaría para contenerlos.

En favor o en contra de las varias naciones beligerantes y de su causa, se puede hablar durante un curso entero. Si se evocan sucesos pasados, existen entre todos los pueblos motivos de rencor; si se toman en cuenta auxilios, antiguos también, los habrá de afecto. Y cabe el elogio más entusiasta, porque los pueblos empeñados en esta cruentísima guerra son al fin los más grandes de cuantos, en la moderna edad, han consuetudado nacionalidades.

Agravios tiene España de muchas de esas naciones; pero no creo que con el memorial de agravios, puestos la mayor parte en olvido, deban consolidarse los juicios de actualidad.

Además, no es fácil conciliar los datos. Francia e Inglaterra fueron, en el pasado siglo, y ya desde antes, encarnizadas enemigas; hoy, aliadas, combaten juntas. Rusia e Inglaterra tienen los intereses más contrapuestos, y se oye decir corrientemente que el leopardo y el oso, ahora abrazados, han de liarse a zarpazos y devorarse, dentro de poco, acabada esta lucha.

Si se mira la cuestión superficialmente, lo esencial es la enemistad de Francia y Alemania, desde 1871; no obstante, los mejor informados aseguran que ninguna mala voluntad tiene Alemania contra Francia, y sólo en Inglaterra ve la *possente rival* cuyo comercio hay que destruir. Las mismas contradicciones singulares en el aspecto religioso del problema.

A pesar de la política eclesiástica de Francia, los católicos belgas por Francia están; y a pesar de los católicos belgas, muchísimos católicos españoles son partidarios de Alemania con vehemencia suma. El Káiser, sin duda, es hereje; pero es el sostén de la idea de autoridad en el mundo, y ha derrocado el monumento a Ferrer. Y va formándose un remolino o maraña, en que nadie se entiende.

El país católico erigió el monumento, el monarca luterano lo mandó arrasar. Salen a relucir interioridades políticas: no, Bélgica no quería tal monumento; fueron los radicales, el municipio... Y desfila la historia y sus alegatos y la política y sus charadas, y Morel Fatio recuerda las quejas que puede tener España de Francia, y añade, con escrupulosidad de erudito: «Creo que no me he dejado en el tintero ninguna.» Luego, cuerdamente, pregunta: «¿Hay en todo ello motivo para alterar nuestras buenas relaciones?» Y entiende que no; y yo creo lo mismo.

Las naciones, si conocen su interés, procuran siempre mantener las relaciones más cordiales y sólo en las casas de Tócame Roque riñen a cada momento las vecinas. Claro que la cordialidad debe ser avisada, vigilante, prudente.

Pero, en las naciones, hay los individuos, y, en los individuos, la simpatía personal. Por más neutral que se mantenga una nación, sus súbditos pueden sentir, pueden querer.

Yo, por mi parte, tengo mis aficiones, absolutamente personales, puestas en Francia. Ha sido Francia una segunda patria para mí. No me mezclo en disquisiciones latinas, no invoco la afinidad de raza; acaso no exista más que por el lado celta, aunque la civilización haya venido a las Galias y a Iberia con la misma romanización.

Me limito a decir sencillamente que me educué en un colegio francés; que leí francés desde los siete años; que viajé mucho por Francia, y permanecí allí inviernos enteros; que tuve amigos entre sus grandes escritores; que pude apreciar las cualidades que perseveran en tan «dulce tierra» en medio de las vicisitudes ingratas de su política y de su historia.

Siempre esperé en su buen sentido, en su patriotismo, y he aquí que la guerra me ha dado la razón, porque ni de cobardes ni de tardíos ni de desunidos se les puede motejar, en ocasión tan crítica.

He debido además a Francia halagos inmerecidos, y, ahora me disponía a dar en París, en la Sorbona, el día 23 de abril, una Conferencia... Si alguien es sincero amigo de Francia, no lo será más que yo. Sin embargo, no por eso me he creído en el caso de poner como un renegrido trazo a los alemanes. Y en cuanto a vaticinios ¡ábsit! ¡Quién leerá en el pavoroso libro del porvenir!

Si fuese posible llevar a mi ánimo el convencimiento en pro de determinada causa, lo conseguiría tal vez Alvaro Alcalá Galiano, cuyo folleto, escrito con arranque juvenil y no escaso aparato de datos y consideraciones derivadas de ellos, en nada desmerece de obras similares que en el extranjero se publican, como verbigracia, la de Daniel Bellet, *Origines de la guerre*.

Alvaro Alcalá Galiano es partidario de los aliados, y los defiende con suma energía. No es extraño que su libro haya tenido tal resonancia y éxito, no sólo en España, sino fuera de ella; que se multipliquen las ediciones, que se esté traduciendo al inglés y al francés, y que al autor le haya felicitado Poincaré en persona.

Yo, lo repito, siento a veces el influjo de tan bien escrita argumentación; pero hay puntos en que diferimos, y esos puntos son capitales. No voy a extenderme en dilucidarlos. Sólo diré que no considero bárbaro un conflicto como el actual, porque obedezca a razones económicas. Tampoco veo que la fuerza bruta la representen sólo los germanos. O mucho

me engaño, o todos hacen la fuerza que pueden. ¡Vaya si se aprieta!

En cuanto a que el fondo del hombre sea hoy el mismo que siempre, nunca cabrá dudarlo, y menos sorprenderse de ello. Ni la historia ni la ciencia nos dirán otra cosa. No es sin embargo una mentira el progreso. Note mi joven amigo cómo, debido a la civilización, en esta guerra no hay peste, no hay contagios. Note además la inmensa suma de idealidad que supone en ambos bandos (porque sería faltar a toda justicia hacer excepciones), esa resolución de morir sin pestañear, por la prosperidad de la patria, por sus destinos futuros. Mayor intensidad de heroísmo no se ha desplegado desde que el mundo es mundo y se escriben sus anales. Europa no estaba decadente, dijese lo que quisiesen los termómetros.

Tampoco admito que la consigna de ninguno de los dos pueblos fortísimos en esta campaña, el alemán y el inglés, sea la *nietzscheana* de «Perezca el débil». El débil, en estos casos, sufre mucho; pero sufre porque no puede ser de otro modo, no por una máxima ni por un propósito reflexivo. Quien ofrece la vida, quien arrostra espantosos sufrimientos, es en realidad el fuerte, el que va impávido a combatir. Y el sacrificio se consume, ¡quién lo dijera! por el débil.

Me explicaré. Es por el débil que a cada nación le importa; es por sus débiles, por sus niños, por sus mujeres, por sus ancianos. Es por las generaciones venideras, para asegurar la subsistencia, los mercados, la expansión. Es para que se viva, para que se coma, para que haya trigo, amparo. Con tal fin, se espera serenamente el obús, en la trinchera encharcada de sangre.

Y habiendo sido el asegurar la subsistencia aspiración ingénita en el hombre, no hay que admirarse de que siga siéndolo, ni sorprenderse si igual aspiración movía a los habitantes de las cavernas que al hombre del siglo xx. La necesidad natural ¡ay! no ha cambiado. Se ha complicado, se ha revestido de todos los matices de las civilizaciones sucesivas. Nada más.

Yo tampoco puedo convenir con el autor del folleto en que Inglaterra colonizase (desde el punto de vista moral), mejor que nosotros. Prácticamente, es otra cosa. Para sí, hicieron mejor los ingleses al exterminar a las razas rojas de América, que nosotros al conservarlas, y al mezclar nuestra sangre con la suya. Pero esto de exterminar razas sí que es fuerza bruta, esto sí que es, moralmente hablando, barbarie.

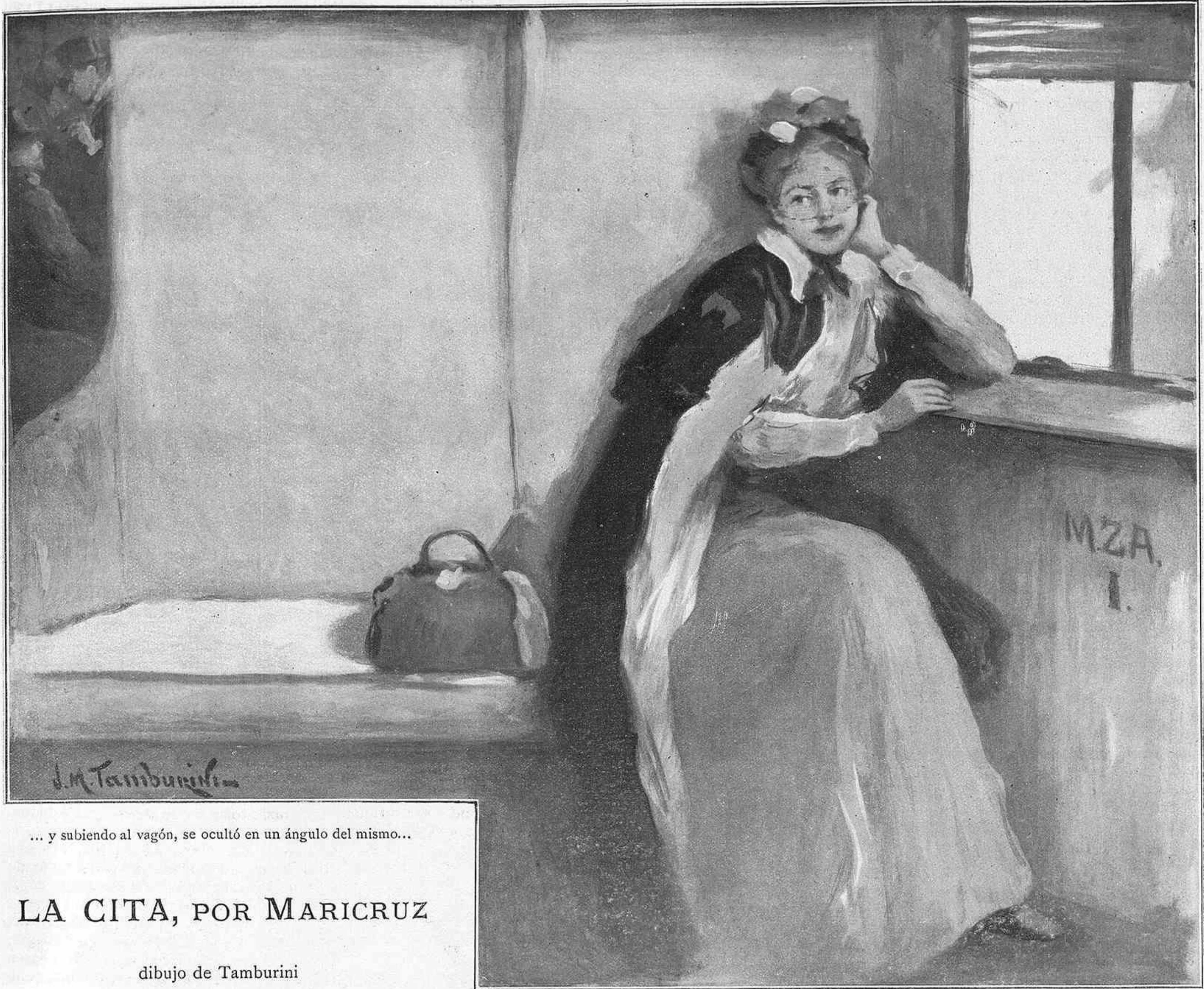
Noto que me voy extendiendo demasiado, porque el folleto de Alcalá Galiano es sugestivo. Quisiera resumir, en pocas palabras, mi criterio. De lo que está pasando en Europa, Francia no tiene, seguramente, la culpa, y Bélgica tampoco, pues su movimiento de resistencia fué natural. Pero no basta para suponer que en este horrible drama hay un papel de traidor, y que lo desempeña el Káiser. Más acertado sería atribuírselo a Inglaterra, alarmada ante los progresos de Alemania en tantos ramos, aspectos y empresas de toda índole. Inglaterra tiene maquiavelismo bíblico muy demostrado. No creo que nadie dude de su astucia, de su arte para sacar las castañas del fuego, con mano ajena si puede, y con las tenazas propias, después. Ha sido un profesor, no alemán, sino britano, el que ha dicho terminantemente: «Nada perdemos con reconocer que hay mucha justificación en las ambiciones alemanas. Una nación tan henchida de vigor necesita ejercitarlo, o morirá de congestión. Ahora bien, si su salvación no se puede lograr sino a costa nuestra y sin perders, elijamos: o protejémosla contra ella, o convertímonos en su satélite.» Y más adelante, añade: «Nos hemos empeñado en una guerra en que se litiga, no tanto nuestra supremacía, como nuestra existencia nacional.»

Y salgamos de este canto, que se acaba la crónica... No quiero dejar de notar cómo, en la serie de viceversas y anomalías que presenciemos, Pío Baroja, el intelectual anarquista, es germanófilo, y otro intelectual de sangre azul y conservador abolengo, el autor del folleto a que he venido refiriéndome, aliado. Por su sangre azul, poco menos que le niegan el derecho a pensar, siendo así que la sangre de Alcalá Galiano es azul de tinta de escribir.

Los Alcalá Galiano intelectuales y escritores son dinastía.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de



... y subiendo al vagón, se ocultó en un ángulo del mismo...

LA CITA, POR MARICRUZ

dibujo de Tamburini

La señora de Pimentel, al enviudar, era aún joven y bella; del primer matrimonio de su marido quedaba una hija, querida por ella bastante y bien como madrastra, poco y mal para madre.

Cuando se casaron María Guevara y Juan de Pimentel, la niña tenía tres años, y hasta los ocho, como María no tuvo hijos, fué Lolita para ella una muñeca, la última, que cual la primera de su infancia, animó, envaneciendo por algún tiempo el instinto maternal que toda mujer pretende poseer.

Al comenzar la educación de la niña, Pimentel, aunque muy enamorado de su mujer y queriéndola mucho, creyó conveniente separarlas, llevando a Lolita interna a un colegio; María era muy extremosa, quería demasiado a la niña y protestó irritada; fué la única vez que el matrimonio no logró ponerse de acuerdo, es decir, la sola ocasión en que María no consiguió convencer a su marido de la propia opinión y voluntad; al contrario, conociendo la fuerza de ésta, Juan afirmó su decisión por librar a su hija del yugo amoroso y dominante que él, paciente y satisfecho, soportaba.

María, acostumbrada a imponer sus deseos, no perdonó fácilmente la derrota, achacándola injustamente su apasionado criterio a la causa inocente, atribuyendo desde entonces a la pobre Lolita un despego e ingratitud ajenos por completo al sentir inconsciente de la pequeña. Ésta, cuya infantil inteligencia no podía aún distinguir la parte de sentimiento egoísta, mezclado al cariño y los mimos recibidos en su casa, guardó como reliquia el recuerdo de ellos, más halagador todavía para su ternura, cohibida por la rutinaria disciplina del convento. Pasado algún tiempo, todo pareció olvidarse; María y Juan vivían en dichosa unión; la niña crecía, y adelantaba su belleza y saber; las vacaciones eran esperadas mucho antes de llegar, y en ellas, la efusión de los primeros días compensaba a Lolita del ayuno de cariño y libertad sufrido durante el curso. Su ca-

rácter no parecía fijarse, a pesar del sensible cambio que cada año notaban en ella su padre y María; al principio, mostrábase la niña en su casa bulliciosa, insinuante, ansiosa de caricias; después, fué haciéndose más reservada, sobre todo con María; indudablemente su inocente intuición advertía la variación sufrida en los sentimientos de la que llamaba su madre, quien desde el primer año de ausencia vió ya en la niña un bien que no le pertenecía en absoluto, como ella hubiera querido; Juan se lo había demostrado, y la naturaleza exclusiva y apasionada de María no podía amar con igual ardor que antes lo que no poseía y dominaba.

Lolita siguió encariñada con sus padres; pero reconcentrando las expansiones de su espíritu, su carácter, incierto aún, fué formándose sin la espontánea flexibilidad que la confianza y la ternura infunden a la juventud, confirmando así la falta de afecto que María le atribuía y que, de existir, por su causa se había producido.

Un año después de abandonar definitivamente Lolita el convento, terminada su educación, Juan vióse atacado por traidora y rápida enfermedad, que concluyó su vida en breves días; fueron éstos de inmenso dolor y sufrimiento para María y su hija porque amaban a Juan con vehemencia: para él, porque comprendiendo desde el principio de su mal que era el último, apuró la doble amargura de su dicha trunca y de la incertidumbre del porvenir que esperaba a su hija, casi niña, y a María aun joven, hermosa y cuyas condiciones de carácter eran la menor garantía de la seguridad de ambas.

Pimentel ratificó con su muerte su intachable vida y con inteligente previsión dejó a su familia perfectamente arreglados los arduos negocios que, ocupando su existencia largo tiempo, le habían permitido aumentar considerablemente el patrimonio heredado, más los pequeños dotes de sus dos mujeres. Debido a esto, y con entera independencia, en-

contráronse María y Lola en posesión de sólidas fortunas que aseguraban cómodamente el holgado tren de casa, sostenido en vida de Juan.

Disponía éste en su testamento que Lola no se separara de María hasta su matrimonio, o su mayor edad, recomendándole especialmente esperara ésta para realizar aquél. A María le rogaba que en recuerdo suyo amara a su hija sin prevención y no dejara de aconsejarla lealmente en el trance difícil de la elección de estado.

El tutor de Lola, persona respetable y antiguo amigo de la familia, dió a conocer en seguida estos tristes y entrañables encargos de ultratumba, juntamente con las demás disposiciones testamentarias. Sobrecogidas por la desgracia en plena placidez de la vida, María y Lola, agobiadas por la pena, refugiaron su cariño una en otra, borrando el pesar las mutuas desconfianzas, disipadas cual nubes ante el cierzo del infortunio, que las unía en una misma tribulación, y los primeros tiempos de duelo fueron en su tristeza atenuados por el sentimiento de su dolor, igualmente compartido. Mas los días se suceden con implacable velocidad para el pasado que aleja de nosotros, desvaneciendo insensiblemente, su recuerdo; transcurrieron los meses, un año, y normalizada de nuevo la vida, aparecieron en su extenso horizonte, para Lola, los vagos ensueños y esperanzas de una existencia que arriba lozana a su plenitud; para María, siempre apasionada, la amarga creencia de que nada en adelante podría substituir la felicidad gozada; siendo este distinto sentir el que volvió a separarlas, como la identidad del pesar había logrado unir las.

Aflojándose lentamente la recíproca confianza, Lola volvió a su anterior reserva, María a sus instintos dominantes, excitados por lo que ella llamaba ingratitud de su hija. Aliviado el luto, y poco amena la intimidad casera, el círculo de sociedad en que giraban las recogió fácilmente en su engranaje, lle-

vándolas de nuevo al trato frecuente de las gentes, en visitas y paseos al principio, después en reuniones y teatros.

Lola, apenas advertida en sociedad antes de la muerte de su padre, fué muy admirada; realmente su belleza era notable, más que por la perfección de la línea, por la armonía del conjunto, que impresionaba con atrayente simpatía. Sus éxitos mundanos dieron ocasión a nuevas y enojosas diferencias con María; quejábale ésta de no recibir las confidencias de su hija, quien alegaba no tener motivo alguno de hacerlas, acentuándose por esto, ante la insistencia materna, el carácter reconcentrado de Lola. Y aunque fuera verdad lo que ésta aseguraba, desde hacia algún tiempo había un personaje que, ausente o presente, interesaba de distinto modo que los demás su atención; empezó por encontrarlo con frecuencia, y últimamente, dondequiera que iba ella estaba él; nada de particular le decía, generalidades solamente. Al principio se sintió molesta; parecía que la trataba como chiquilla; se propuso demostrarle que no lo era, y saliendo de su natural reserva, demostró en diferentes ocasiones un espíritu culto y entusiasta que nadie sospechaba.

Llamábase el personaje Pedro de Leiva, y era joven maduro, pues cumplía los treinta en breve plazo; de buena figura y posición, erudito y artista, llevaba una vida inteligente y ordenada; tenía fama de excelente gusto y difícil contentar cuando de mujeres se trataba. María le estimaba mucho, haciendo a menudo el elogio de sus cualidades. Lola llegó a temerle; hablando con él se tranquilizaba, mas cuando la miraba sentía interiormente confusa irritación consigo misma al tener que con fesar la atracción de sus miradas, preferidas y deseadas, a la superficial conversación que solía cambiar con ella.

Algún tiempo después de conocer a Leiva, presentaron a Lola a Luis Pizarro, de apuesta presencia, y familia y fortuna aceptables; de trato agradable y fino para las mujeres, pasaba por fanfarrón entre los hombres, debido sin duda a su charlar ponderativo y ligero. Desde la primera vez que habló con Lola mostróse enamorado de ella; a la segunda, iniciada la declaración, una pausa interrogadora en la frase culminante y la interrupción inesperada de María llamando a Lola para marcharse, dejaron en suspenso el resultado. Aquella noche Lola estaba muy nerviosa; al entrar horas antes en casa de los marqueses de Alvar, donde se celebraba un concierto, Leiva la había saludado; luego le vio acercarse a María, con quien habló largo rato, y durante éste y el resto de la velada, sintió constantemente su mirada fija en ella; y la pobre niña, entre el fuego que aquellos ojos encendían y el enervante rumor de las ardientes palabras que Pizarro le prodigaba, temblaba vacilante, anhelando la soledad y el silencio para poder escudriñar sus íntimos pensamientos.

Tuvo María la inoportunidad de querer conocerlos, indagando en el trayecto hasta su casa las impresiones de Lola, y al no contestar ésta, sintiendo su amor propio irritado por lo que creía ingratitud de su hija, comenzó a quejarse, acusándola de falta de confianza y de cariño con quien tanto la quería y sólo su bien deseaba. Agobiada Lola, y temiendo al callar justificar los cargos de María, confesó ingenuamente la declaración de Pizarro.

- ¿Y tú qué le has dicho?, interrogó María.
- Nada, como no lo esperaba, contestó Lola.
- ¿Pero te gusta?, insistió la primera.

- No sé ni lo he pensado; apenas le conozco.
- Pues a mí no me gusta, prosiguió María alterada, y te advierto que no cuentes conmigo para semejante boda; muy distinta quiero que se haga.

A Lola le fué imposible dormir; en su cerebro

Así las cosas y como en su correspondencia y conversaciones surgiera invariable el mismo tema por parte de Lola, Pizarro llegó a pensar debían poner término al conflicto, y prescindiendo de María, casarse lo antes posible. No fué fácil convencer a Lola, que luchando con una voluntad indomable, había fortalecido muy bien la suya; mas, como Pizarro le decía con apasionada frase, «era el único medio de alcanzar la dicha»; una noche que así lo repetía, añadió: «que, de no hacerlo, María llegaría a vencerla de su opinión y entonces... no sería ella sola víctima..., porque él, Luis, no podría vivir sin su cariño..., y siempre había tenido el presentimiento de morir joven».

Lola, después de esto, abrumada por la gravedad de las circunstancias, perdió el sentido de la realidad; una escena más violenta que de costumbre con María la decidió, y en otra noche de fiesta en casa de Alvar, donde por primera vez Luis había hablado de su amor, Lola, aturdida después de largodiscutir, concertó con su novio una cita para celebrar el matrimonio, conviniendo el día en que Pizarro prepararía todo para la ceremonia. Ésta tendría lugar en Avila; allí vivía una parienta respetable de Luis, que facilitaría muchos detalles; él iría antes y en la fecha fijada Lola tomaría un tren de la línea del Norte que la dejaría en Avila, donde aquella mañana se casarían.

El día señalado, Lola llegó a la estación temblando de emoción y de frío, tomó su billete y subiendo al vagón, se ocultó en un ángulo del mismo, con el cuello de su abrigo bien subido y una espesa gasa por la cara. Poco hubo de esperar; pero segundos antes de partir el tren, un grupo de hombres, gente joven y distinguida por su aspecto, se avalanzó al coche contiguo.

- ¿Falta alguno?, dijo alguien.

- Hombre, sí, respondieron varios; falta Luis Pizarro.

- No lo esperéis.

- ¿Cómo? ¿Qué le ocurre?

- La más famosa aventura que un amante y enamorado caballero pudiera llevar a ca-

bo, contestó una voz burlonamente entonada.

Y comenzó a narrar una aventura en la que sonaba el nombre de Lola. Ésta no pudo escuchar más porque el tren salía; su cabeza zumbaba y su respiración se interrumpía, como si hundida en un abismo la vida le faltara; el tren caminaba y, con el movimiento, sus nervios, aplacándose, le permitieron discurrir: «¡Dios mío! ¿Qué había hecho? ¡Ella, Lola Pimentel, siendo la mofa de Madrid, cuando en conciencia ella no quería a Luis, no ahora, por su infamia, antes, cuando más amoroso se mostraba, nunca veía en él más que el medio de librarse de la tiranía de su madre. Y ahora, ¿qué había?». El tren se detuvo. «¡Pozuelo..., un minuto!», gritaron. Lola, automáticamente, sin darse cuenta, bajó del coche; impávida y decidida atravesó el andén, entrando en la estación... Momentos después volvía, tomando de nuevo un tren que pasaba con dirección a la corte, y antes del mediodía estaba en su casa. María esperaba inquieta y alterada; al verse, cayeron en brazos una de otra y Lola llorando murmuraba «¡Perdón!»

Dos años más tarde, Lola se casaba con Leiva, que era el pretendiente patrocinado por María; esto las ha unido definitivamente, aunque ya se entendían muy bien desde una mañana de abril en que Lola volvió tarde a casa, salvando su porvenir y su amor, comprometidos por la obstinación y la ligereza, peligrosas y frecuentes compañeras de la juventud.



La Virgen del Rosario, escultura de Rafael Atché

exaltado vagaban, confundidas, emociones, dudas, ilusiones, rebeldías; ¿por qué su madre se oponía, sin una razón, al primer halago de amor murmurado a su oído? Las referencias de Pizarro eran buenas; y aunque nada en él atraía para ella el deseo de amar inspirado por Leiva, la razón le decía que era sólo una ilusión de su mente, y Pizarro la realidad que en el momento oportuno ofrecía a su juventud la mágica canción de amor entonada por todos y por tan pocos sentida. ¡Ah!, si fuera Leiva quien la cantara. ¡Qué fuerza no tuviera ella para salvar venciendo cuantas contrariedades se opusieran!

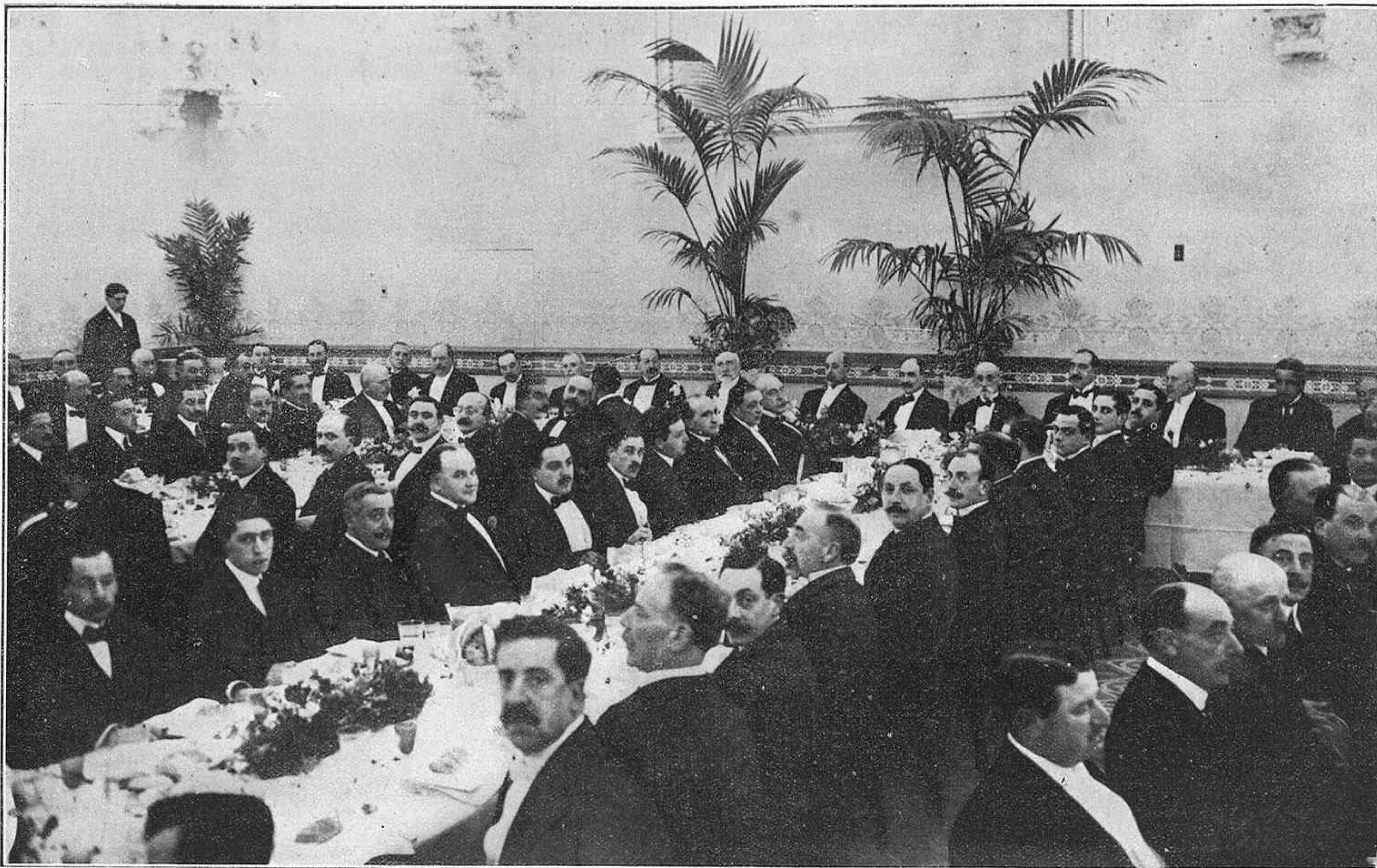
Pasada aquella primera escaramuza, tras breve calma, vino un período de diaria lucha; María, mortificando a Lola con puerilidades y quejas continuas, consiguió hacerse odiosa, y lo que fué peor, abuyentar por completo la confianza de su hija que sólo veía en ella el afán de someterla a su voluntad. Pizarro por su parte estrechó el cerco; su amor era insinuante, atento al menor deseo de Lola; y el contraste de aquel tierno afecto con el tormento que en su hogar sufría, dió su fruto, y a los pocos meses de la declaración interrumpida, Lola estaba en relaciones con Pizarro. Como era natural, le confió sus disgustos y la oposición de su madre, que Luis extrañó mucho; quizá no tratándose de él mismo, también notara en Lola que la idea de resistir al dominio de María era muy superior a la ternura amorosa que él pretendía inspirar.

BARCELONA. - SALÓN PARÉS



EN EL CLAUSTRO, cuadro de Ramón Casas

(De fotografía de F. Serra)



Barcelona. - Banquete ofrecido por el Fomento del Trabajo Nacional al exministro y exgobernador D. Félix Suárez Inclán. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

EL SR. SUÁREZ INCLÁN EN BARCELONA

Recientemente ha estado en nuestra ciudad el ilustre hombre público, exministro y exgobernador civil de esta provincia, D. Félix Suárez Inclán, quien en tantas ocasiones ha demostrado el interés que le inspira todo cuanto a la producción nacional se refiere.

Durante su estancia en Barcelona, el Sr. Suárez Inclán ha visitado gran número de fábricas y ha efectuado excursiones a las industriosas ciudades de Mataró, Tarrasa y Sabadell.

El Fomento del Trabajo Nacional, queriendo tributar un homenaje de respeto y cariño al Sr. Suárez Inclán, organizó un banquete al que concurren 150 comensales, entre los que figuraban senadores, diputados a Cortes, y las más prestigiosas personalidades del comercio y de la industria.

Ocupó la presidencia el homenajeado, a cuyos lados se sentaron, a la derecha, los señores Ferrer y Vidal (D. Luis), Sedó, Calvet, Sala, Echevarría, Gassó y Martí y Bernadas, y a la izquierda, los Sres. Caralt, Perpinyá, Cornet, Pons y Arola, marqués de Alella, Girona, Bertrand, Armenteras, Arquero y Barrera.

Antes de empezar la comida, el presidente del Fomento señor Caralt pronunció un discurso enalteciendo la personalidad del Sr. Suárez Inclán, ofreciendo a éste el banquete, hablando de la actual situación de la industria y de la necesidad de resolver pronto los problemas económicos planteados, y expresando la confianza que los productores tienen puesta en el Sr. Suárez Inclán y el agradecimiento que hacia él siente el Fomento por su venida a Barcelona.

El Sr. Suárez Inclán contestó al Sr. Caralt con un elocuente discurso en el que trató con gran competencia y elevación de miras los más interesantes problemas económicos. Después de decir que había dedicado la mayor parte de su vida al estudio de las

cuestiones económicas y de agradecer el obsequio que se le dispensaba, formuló acertadísimas observaciones sobre la acción de España en Marruecos. Manifestó luego que el Estado debe fomentar y proteger la industria nacional, y prestar también toda la atención y todo el apoyo posibles a la agricultura.

provincia determinada en perjuicio de otras, sino que se trata de una importante mejora nacional que ha de ponernos en condiciones de competir con los productores de otros países. Mostró satisfecho de las excursiones que había realizado, pues le habían permitido apreciar de cerca la riqueza industrial y

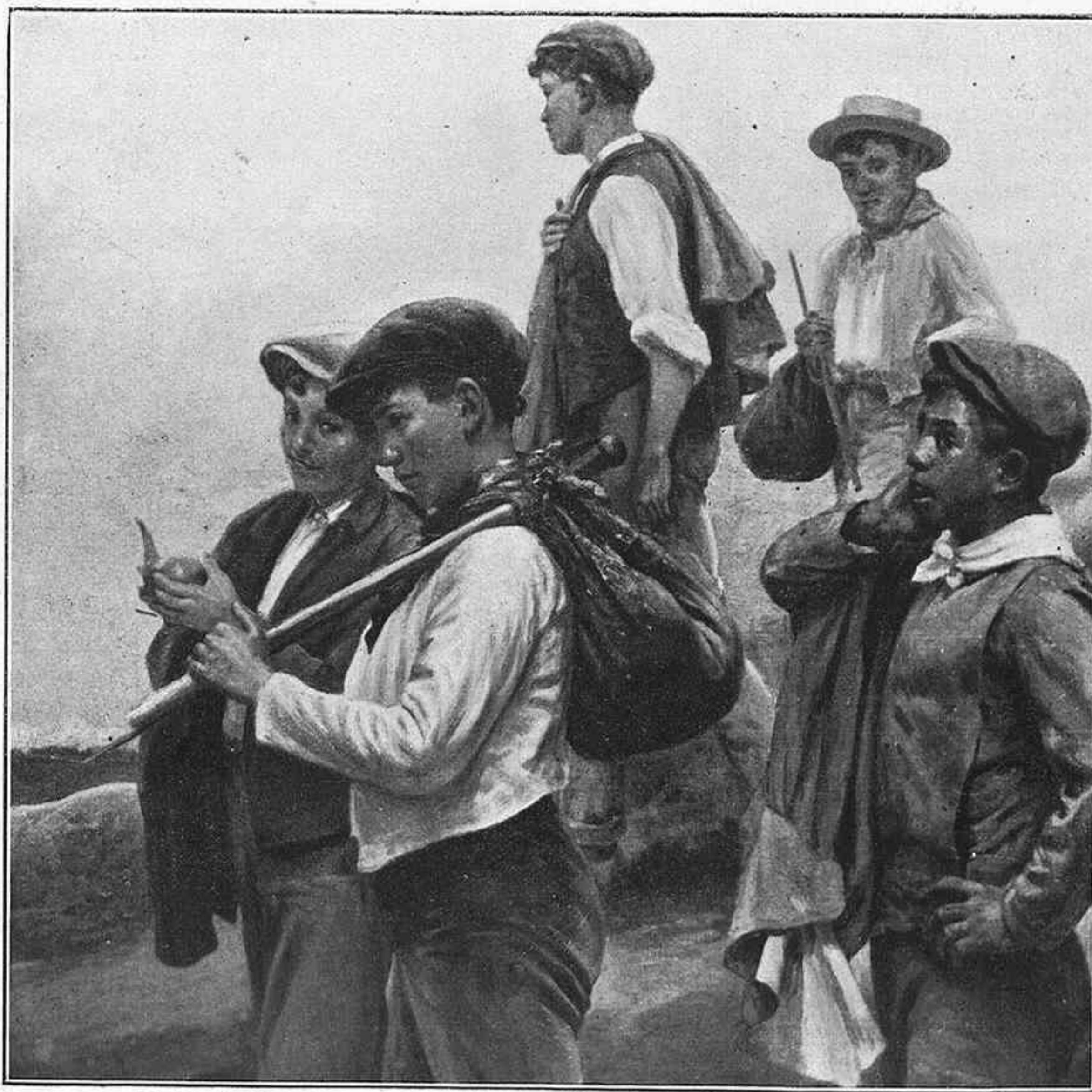
comercial de Cataluña, y dijo que era deber de todo hombre público conocer con exactitud el alcance de esta riqueza. Habló de la necesidad de que las primeras materias se elaboren en España y de que se fomente la exportación, y dijo que debemos seguir el ejemplo de Alemania, que al propio tiempo que mejoraba su ejército y su escuadra, se preocupaba en fomentar su comercio y su industria. Trató de la cuestión bancaria, señalando las deficiencias de nuestros establecimientos de crédito, gracias a las cuales la banca extranjera se ha enseñoreado de nuestros mercados; abogando porque se den grandes facilidades al crédito a fin de alcanzar la independencia económica; y exponiendo cuál debe ser la actuación de un verdadero Banco nacional de crédito.

Terminado el banquete habló el Sr. Ferrer y Vidal, quien agradeció al Sr. Suárez Inclán los ofrecimientos que había hecho, se mostró confiado en el triunfo de la industria española sobre la extranjera y elogió la Mancomunidad, señalando la misión que debe realizar y diciendo que aligerará de determinadas funciones al Estado, lo que permitirá a éste atender más eficazmente a otros asuntos de índole general.

Levantóse de nuevo el señor Suárez Inclán y manifestó que autorizado por su jefe, el conde

de Romanones, podía afirmar que el partido liberal no gobernaría contra Cataluña, sino por y para Cataluña, teniendo la confianza de poder armonizar todos los intereses.

Habló finalmente el Sr. Sedó expresando su agradecimiento por las manifestaciones hechas por el señor Suárez Inclán.



Futuros astros del toreo, cuadro de Rico Cejudo destinado a la próxima Exposición de Bellas Artes de Madrid. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

Ocupóse en los deberes que ha de cumplir el Banco Hipotecario a fin de auxiliar a la agricultura, y refiriéndose luego a las zonas francas, afirmó que se asociaría a las peticiones de los productores catalanes, a las que se han sumado las de los productores de otras regiones, hecho que demuestra que la reforma no se solicita para favorecer a una región o

LA GUERRA EUROPEA

Sigue encamada la lucha en el teatro de la guerra occidental, pues si bien no cesan los combates parciales, ninguno de los trabados durante la última semana ha revestido importancia verdadera. He aquí el resumen de las operaciones, según los partes oficiales de los aliados y de los alemanes.

Dicen los primeros: los belgas han realizado algunos progresos en el Iser; los ingleses han recuperado las trincheras que habían perdido al Sudeste de Saint-Eloi; y los franceses han consolidado los éxitos conseguidos al Norte de Arrás, reconquistando algunas trincheras que les habían tomado los alemanes; han realizado nuevos progresos en distintos puntos de la Champaña, en Souain, Beausejour, Mesnil y Perthes, tomando al Norte de Mesnil un frente de 500 metros que formaba una loma importantísima; han progresado asimismo en Eparges y en el bosque de La Pretre (Argona), recuperando en este último algunas trincheras; han perdido el grande y el pequeño Reichsacker Kopf (Vosgos) si bien luego han recobrado el primero; han tomado dos trincheras en el bosque de Consenvoye, al Norte de Verdún; y han ganado algún terreno en Hartmansweiler Kopf (Alsacia); y han rechazado en diversos sitios los ataques enemigos.

Los alemanes dicen haber ocupado algunas posiciones inglesas en la altura de Saint Eloi; haberse resuelto en favor suyo la lucha establecida en la vertiente Sur de Nuestra Señora de Loreto (Arrás); haber tomado algunas trincheras al Norte de Beausejour y rechazado los ataques franceses en este punto y en Mesnil y Perthes; haber tomado algunas trincheras en la Champaña; haber desalojado al enemigo de una vertiente que momentáneamente había acupado al Sudeste de Vauquois (Argona); haber tomado una posición en Reichsacker Kopf y rechazado los ataques contra la misma así como los intentados al Norte de Verdún, contra Hartmansweiler Kopf.

El suceso más importante acaecido en el teatro de la guerra de Oriente ha sido la rendición de la plaza de Przemysl, ocurrida el día 22. Esta ciudad hallábase sitiada por segunda vez por los rusos desde hacía cuatro meses y medio, y la heroica guarnición que la defendía se ha resistido valientemente hasta el último instante, a pesar de que en la plaza escaseaban los víveres y las municiones y los hospitales estaban llenos de heridos, confiada en que la ofensiva iniciada por los austriacos

acabaría por liberarla. Ultimamente las operaciones de sitio entraron en una fase decisiva y la artillería rusa redobló su fuego, causando inmensos destrozos en la ciudad. En vista de ello, el comandante de la plaza, general Kussmanek, ordenó una salida, que se efectuó en la mañana del 19, habiendo llegado las tropas austriacas hasta más allá de la línea de los fuertes; sin embargo, ante la superioridad numérica del ene-

por la fuerza del enemigo, y quedan como ejemplo del fiel cumplimiento del deber hasta el grado máximo del heroísmo. La defensa de Przemysl llevará una página gloriosa e inolvidable en la historia de nuestro ejército.»

Algunas fuerzas rusas han invadido nuevamente la Prusia oriental, habiendo logrado apoderarse de Mémet; pero los alemanes no tardaron en recuperar esta ciudad, rechazando al enemigo. En la Polonia septentrional continúan los combates encarnizados, especialmente en la región de Praszynsz; rusos y alemanes se atribuyen éxitos más o menos importantes, aunque ni unos ni otros parecen haber alcanzado una victoria definitiva. Lo propio sucede en Galicia y en los Cárpatos, en donde rusos y austriacos se atacan y contraatacan, particularmente en el desfiladero de Uszock, afirmando unos y otros haber conseguido ventajas sobre sus adversarios.

El día 18 de este mes se realizó una importante operación naval en los Dardanelos. Después que una parte de la escuadra anglo-francesa hubo bombardeado los fuertes de Kilit Bahr, Chanak y demás de la primera angostura del estrecho, otra parte avanzó por ésta cañoneando a su vez los fuertes del interior mientras algunos barcos procedían al dragado de minas. A la caída de la tarde cesó el bombardeo y se retiró la escuadra aliada, no sin haber sufrido importantes pérdidas; en efecto, los acorazados *Irresistible* y *Ocean*, ingleses, y *Bouvet*, francés, fueron echados a pique y además sufrieron importantes averías el *Gaulois*, francés, y el *Inflexible*, inglés.

En la noche del 20 al 21 dos Zeppelines volaron sobre París y sus inmediaciones, habiendo arrojado algunas bombas en la capital y en varios pueblos de los alrededores. Los daños causados por estos proyectiles han sido de escasa importancia y las desgracias personales han consistido en seis heridos, de ellos uno solo de gravedad. Así que se notó la presencia de los zeppelines, los bomberos dieron la señal de alarma y empezaron a funcionar los reflectores y la artillería, ante cuyos disparos no tardaron aquéllos en desaparecer.

Recientemente han sido echados a pique los submarinos alemanes U-8, U-12 y U-15. Estos tres buques habían sido construídos entre 1910 y 1912, desplazaban 200 a 300 toneladas, alcanzaban una velocidad de 13 millas, su radio de acción era de 1.200 y su armamento consistía en un tubo lanzatorpedos a proa y dos a popa.



Berlín. - Distribución de la comida en un instituto benéfico entre los hijos de los soldados alemanes que luchan en el campo de batalla

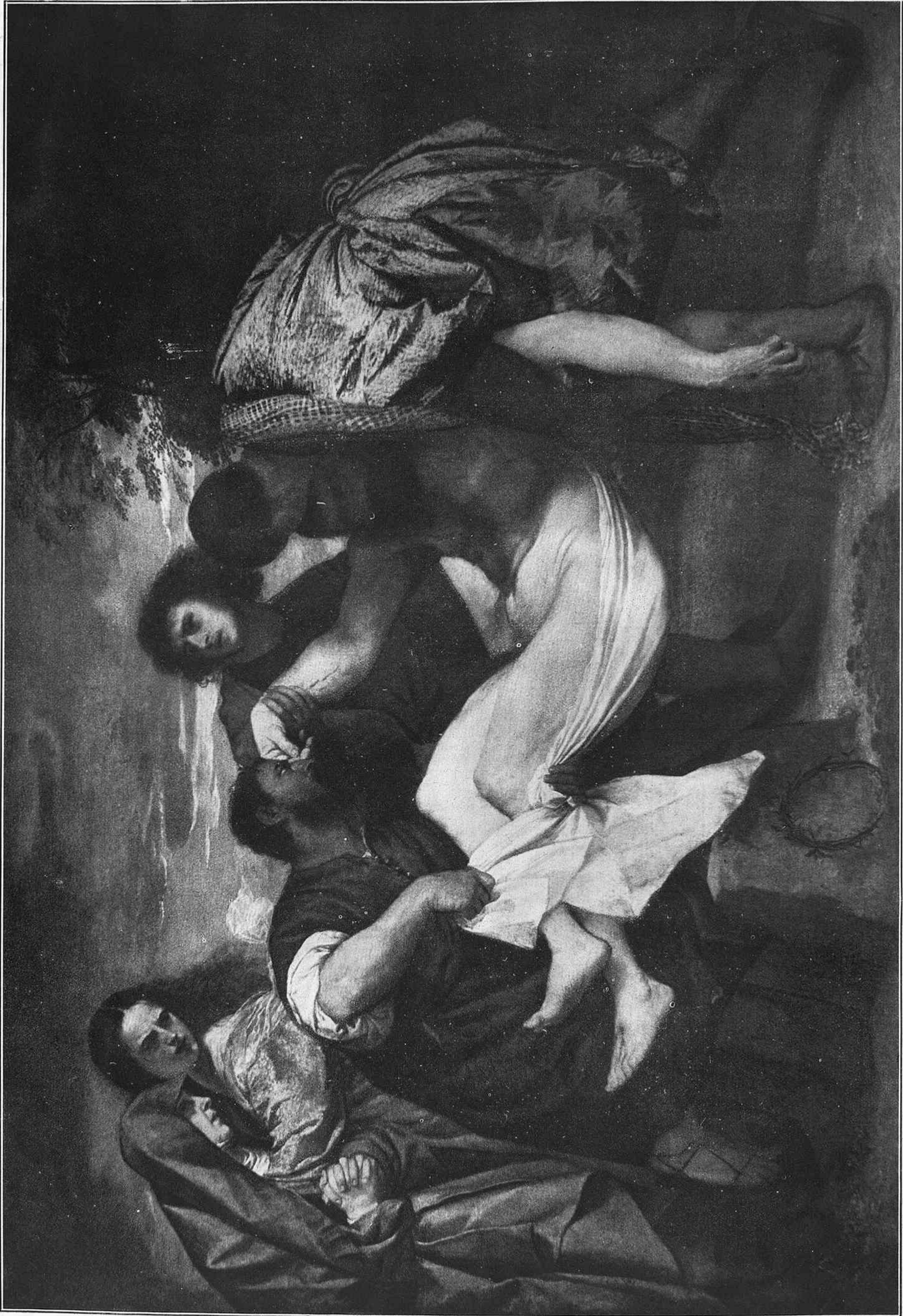
migo hubieron de retroceder después de un reñido combate de siete horas. En las noches siguientes, los rusos avanzaron sobre diferentes fuertes de Przemysl, siendo rechazados. Pero agotados todos los recursos, el comandante de la plaza recibió orden de entregarla, después de destruir todo el material de guerra. Según el parte oficial del cuartel general ruso, la guarnición de Przemysl, que ha quedado prisionera, se componía de 9 generales, 93 oficiales superiores, 2.500 oficiales subalternos y funcionarios, y 117.000 soldados.

El comandante en jefe del ejército austriaco, archiduque Federico, ha dictado una orden del día en la que, después de reseñar la rendición de Przemysl, añade: «Enviamos a los héroes de Przemysl el saludo y la expresión de gratitud de sus compañeros. Viéronse obligados a ceder por la naturaleza, no



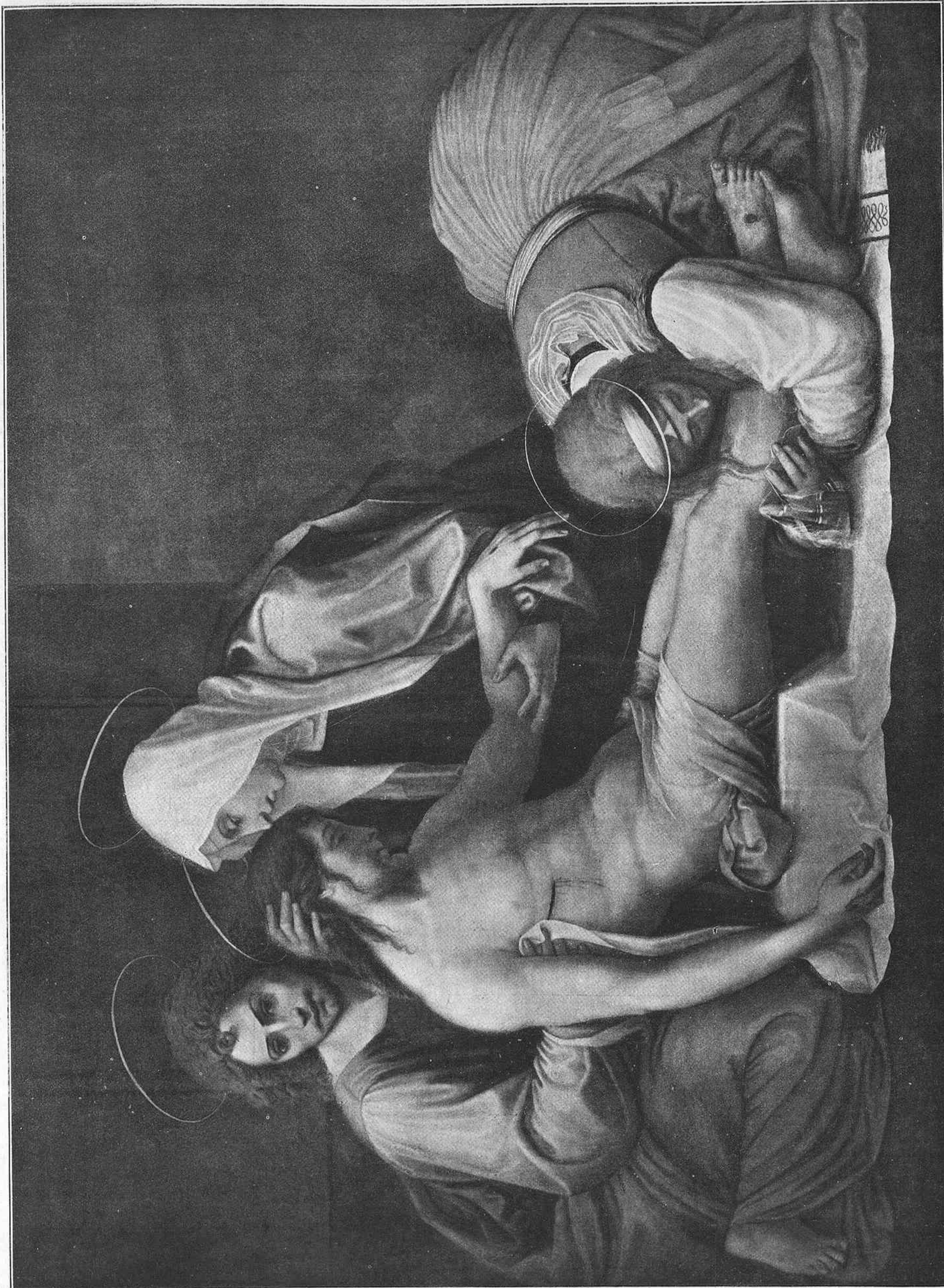
Parque alemán de trineos cerca de Gerdauen, en el teatro de la guerra oriental. - El uso de los trineos para el transporte de municiones ha sido de gran utilidad para los alemanes en su lucha contra los rusos. (De fotografías de Hofer.)

OBRAS CLÁSICAS DE LA PINTURA



EL SEPELIO DE JESUCRISTO, cuadro de Tiziano Vecello (1477-1576) que se conserva en el Museo del Louvre, de París

OBRAS CLÁSICAS DE LA PINTURA



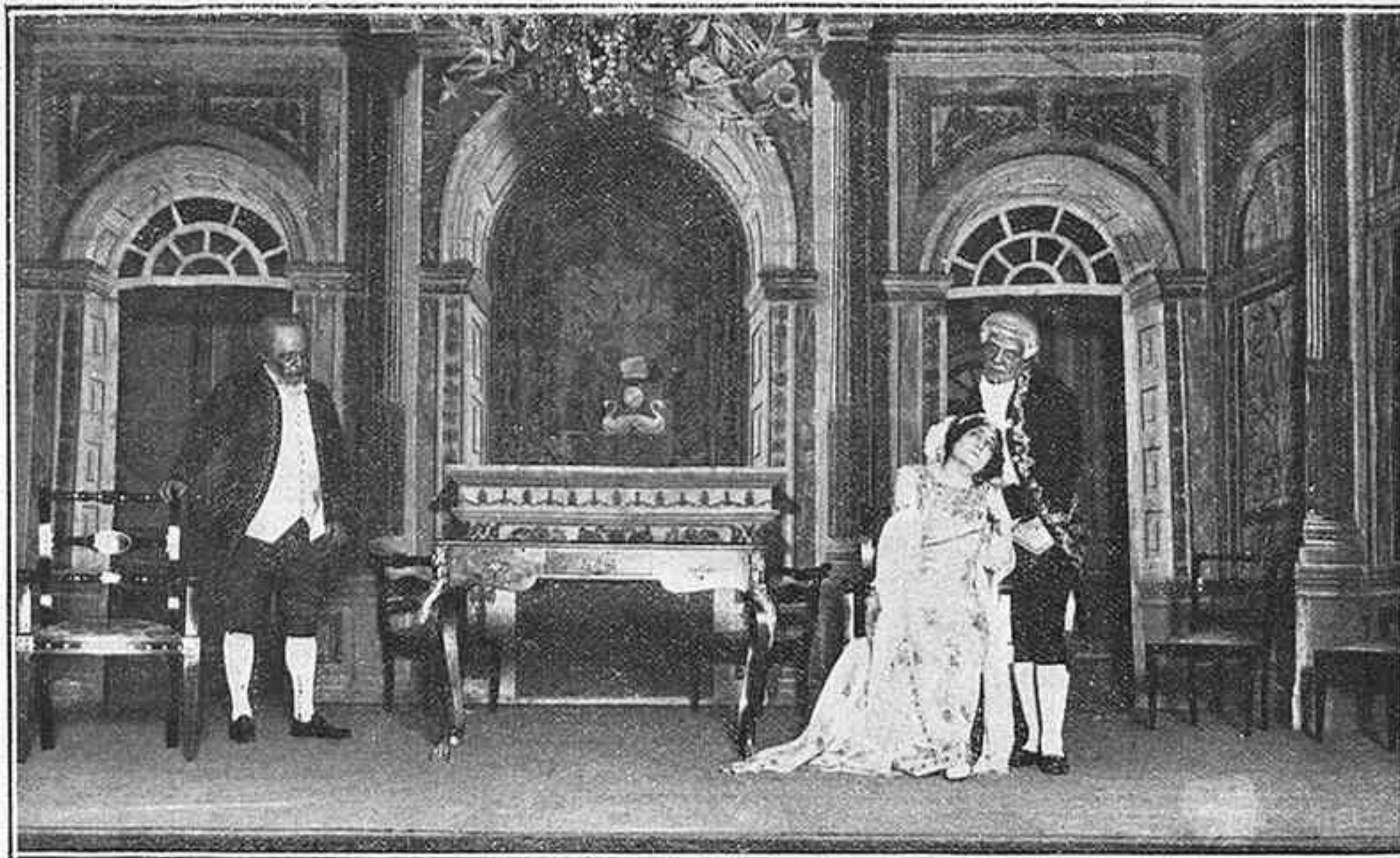
LA SANTÍSIMA VIRGEN JUNTO AL CADÁVER DE SU DIVINO HIJO, cuadro de Fra Bartolomé della Porta (1475-1517) que se conserva en la Academia de Florencia.



El Dr. D. Feliciano Viera, recientemente elegido Presidente de la República del Uruguay. (De fotografía remitida por nuestros corresponsales Sres. Bertrán y Castro.)

DR. D. FELICIANO VIERA

El Dr. D. Feliciano Viera, elegido Presidente de la República Oriental del Uruguay el día 1.º de este mes, nació en la ciudad del Salto, capital del departamento del mismo nombre. Su padre, el general Feliciano Viera, fué un prestigioso caudillo militar de larga y brillante carrera, y jefe, durante muchos años, de la zona militar del Norte de la República.



Madrid. - Una escena de *Rita Luna*, comedia dramática en un prólogo y cuatro actos de D. Ismael Sánchez Esteban, premiada en el concurso del Ayuntamiento y estrenada con buen éxito en el Teatro Español. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

El Dr. Viera siguió con gran aprovechamiento la carrera de abogado, habiéndose graduado en la Universidad de Montevideo.

Desde muy joven, colaboró asiduamente en el diario *El Día*, del que es propietario y fué durante muchos años director y redactor principal D. José Batlle y Ordóñez, su predecesor en la Presidencia de la República, de quien el Dr. Viera ha sido siempre leal amigo y decidido y consecuente partidario.

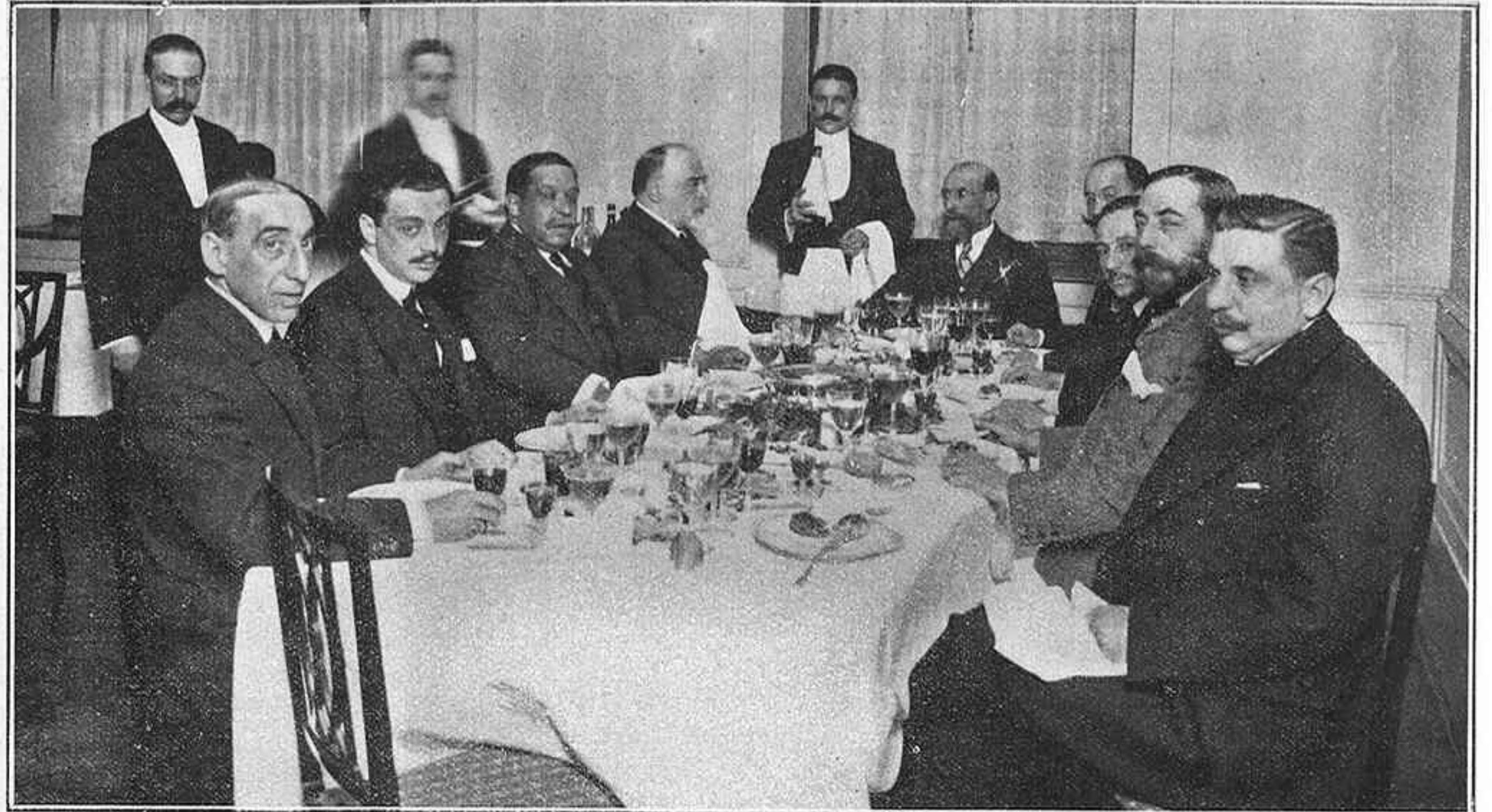
El Dr. Viera, hombre modesto y trabajador infatigable, no ha sido nunca amigo de la ostentación. Poco a poco, en el transcurso de los años ha ido, desde los importantes puestos públicos que ha ocupado, perfilando su personalidad de político práctico, capaz de realizar ahora desde las alturas supremas del Gobierno, un programa de honrada y fecunda administración, satisfaciendo con elevado criterio y espíritu recto las aspiraciones de cultura y progreso de su pueblo.

Motivo de confianza para sus conciudadanos es, aparte de su talento e ilustración, su larga y aprovechada experiencia de hombre de Estado, pues ha sido diputado, senador, Presidente del Senado y ministro de Gobierno.

A pesar de que su acción de Presidente se inicia en un período difícil a causa de la crisis interna del Uruguay, agravada por la guerra europea, a cuyas deplorables consecuencias no ha escapado ningún país, es de esperar que el Dr. Viera sabrá orillar, con su tacto y prudencia exquisitos, todas las dificultades políticas, económicas y financieras que cohíben el libre desenvolvimiento de la riqueza pública y privada de la nación, contribuyendo con sabias y oportunas disposiciones gubernativas, a sanear la situación y llevando, bajo la doble égida de la paz y de la confianza, a su patria por los caminos que han de conducirla a la mayor prosperidad posible. - FRANCISCO PIQUET. Montevideo. Marzo de 1915.

BARCELONA. - HOMENAJE A D. JOSÉ PASTOR

Ha visitado recientemente nuestra ciudad D. José Pastor, cuya personalidad ha adquirido gran relieve con motivo de los actos de filantropía por él realizados.



Barcelona. - Banquete celebrado en honor del ilustre filántropo sevillano D. José Pastor (x) por el Consejo de Administración de la Sociedad «Fomento de la Propiedad», constructora de casas baratas. (Fot. de nuestro reportero Merletti.)

El Sr. Pastor que, merced a sus méritos y a su amor al trabajo se ha elevado desde una capa social modestísima a una posición verdaderamente privilegiada, cuenta entre los numerosos rasgos que patentizan su generosidad y su amor al prójimo, el de haber colaborado con un donativo de 100.000 pesetas a la iniciativa de S. M. el Rey D. Alfonso XIII tan humanitaria como la construcción de una barriada obrera que ha sido levantada en Sevilla y de cuya inauguración por nuestro augusto monarca dimos cuenta en nuestro último número.

El Sr. Pastor, al que interesa especialmente el problema de las habitaciones baratas ha venido a Barcelona con objeto de conocer los importantes ensayos que para la solución del mismo se han efectuado aquí con éxito satisfactorio. A este efecto y acompañado del Presidente del Consejo de Administración de la Sociedad Fomento de la Propiedad, constructora de casas baratas, don Carlos de Fortuny, de los consejeros Sres. Junoy, Aiguavives, Borbón y Cuevas, del gerente Sr. Miracle y del secretario general Sr. Camprubí, ha visitado los grupos de casas para obreros edificados por la expresada Sociedad en la barriada de Sans y en San Adrián, término municipal de Barcelona, habiendo quedado agradablemente impresionado de la amplitud, belleza y condiciones higiénicas de las casas, y habiendo felicitado a aquella entidad por el acierto y la eficacia con que ha estudiado y va poniendo en práctica la solución de un problema social de tanta importancia.

El Consejo de Administración de la Sociedad mencionada obsequió al Sr. Pastor con un banquete que se celebró en el



Madrid. - Los eminentes concertistas belgas hermanos Isaye y la notable cantante rusa señora Kousnezoff, que recientemente han dado en el Palace Hotel un concierto a beneficio de los belgas pobres. (Fot. de nuestro reportero J. Vidal.)

Hotel Continental y al que asistió también el Gobernador civil Sr. Andrade.

MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD

Los eminentes artistas belgas hermanos Isaye han dado recientemente en la sala de actos del Palace Hotel y con la colaboración de la notable cantante rusa Sra. Kousnezoff un

concierto a beneficio de los belgas indigentes a consecuencia de los desastres de la guerra.

Entre las piezas que constituían el programa escogidísimo



Madrid. - Una escena de *La espuma del Champagne*, comedia en tres actos de D. Manuel Linares Rivas, estrenada con gran éxito en el Teatro Eslava. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

figuraba en primero y principal término la hermosa *Sonata en la menor para violín y piano*, de César Frank, dedicada a Eugenio Isaye y que éste ejecutó de una manera magistral, admirablemente acompañada por su hermano.

La Sra. Kousnezoff cantó con arte exquisito varias composiciones, entre ellas *El cisne*, de Grieg, y el bellísimo *Madrigal*, del maestro español Rogelio del Villar.

El público, numeroso y escogido que asistió al concierto tributó grandes ovaciones a los artistas.

La acción de la comedia *Rita Luna*, del señor Sánchez Esteban, se basa en los desgraciados amores de la célebre actriz cuyo nombre sirve de título a la obra y Santiago Aracil, médico de familia aristocrática a quien las preocupaciones sociales de aquel tiempo impidieron satisfacer los impulsos de su corazón, y en ella aparecen los episodios más culminantes de la existencia de Rita Luna, admirablemente enlazados con algunas pintorescas escenas referentes a la vida literaria, artística y teatral de aquel interesante período que abarca los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX. El éxito obtenido por *Rita Luna* ha sido en extremo satisfactorio y a él ha contribuido sin duda la excelente interpretación que ha tenido la obra por parte de la Sra. Cobefia, de las Sritas. Robles y Navarro, y los Sres. Ruiz Tatay, Ramírez, Muñoz y demás actores del Español.

En el Teatro Eslava se ha estrenado con gran éxito una comedia de Linares Rivas titulada *La espuma del Champagne*. Sebastiana, acosada por la miseria y cediendo a las insinuaciones de una antigua amiga, la *Rabanita*, decide lanzarse a la vida alegre; pero antes de caer en el fango, su alma reacciona y asqueada por el espectáculo de una juerga a que asiste, resuelve volver a su antigua vida de privaciones y sacrificios, animada por los consejos del mismo sujeto que en vano intentó seducirla y que ante su resistencia abdica de sus teorías contrarias a todo sentido moral. La señorita Palou, la Sra. Jiménez y los Sres. García Ortega, La Riva y Mora desempeñaron con gran acierto sus respectivos papeles.

LA NIANIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE A. MAS Y FONDEVILA. (CONCLUSIÓN.)



Antonina, vestida de blanco, se elevaba lentamente hacia el cielo...

Pero la Cuaresma es la estación de los conciertos; Mariana iba cada noche a una u otra de aquellas solemnidades musicales, o en sociedad, donde los bailes son reemplazados por reuniones menos numerosas y más íntimas. Dournof, siempre solo, pues no invitaba a nadie a venir a ver su abandono, pasaba el tiempo trabajando. Sergio iba a verlo a cada momento; había adquirido la costumbre de tomar el te de la tarde en el despacho de papá, y privarlo de aquel placer hubiera sido causarle más que una pena.

Una tarde, el Sr. Merof entró mientras Sergio y la Niania se divertían en torno de un gran castillo de naipes, edificado bajo la dirección de Dournof sobre una mesa monumental; Sergio, tendido sobre el tapete, contenía la respiración, por temor de desmoronar el frágil edificio.

- Dournof, dijo el ministro, necesito hablar a solas con usted.

El presidente entregó a la Niania el paquete de naipes y se llevó a su suegro al salón y cerró la puerta.

- Amigo mío, dijo el ministro, voy a dar a usted un golpe terrible.

Buscó el respaldo de una silla y se apoyó un momento; después se sentó. Dournof notó entonces la mortal palidez que cubría el rostro de su suegro. Esperó, temiéndolo todo y sin atreverse a provocar el anuncio de la desgracia que parecía haber de herirle.

- No es culpa mía, repuso Merof, procurando sacudir su abatimiento; no es culpa mía, he hecho cuanto he podido y, en vida de mi mujer, esto no hubiera sucedido, pero... usted no era el hombre que necesitaba...

- ¿Qué pasa pues?, preguntó Dournof, impresionado por la emoción de su suegro.

- Mariana... ¡Se ha marchado!

- ¿Se ha marchado? ¿Sola?

- Con su hija.

Dournof salió del salón como un loco, y recorrió la casa desierta.

Volvió vacilante y tropezando contra muebles y paredes; la vista de su suegro le devolvió un poco de energía.

- ¿Por qué se ha marchado?, preguntó con un gesto de vaga esperanza.

- Se ha marchado porque, según dice, usted le había hecho la vida imposible.

Dournof hizo un gesto de denegación, que el ministro no le dejó concluir.

- Sé todo lo que usted va a decirme, interrumpió, y no puedo acusar a usted; además, la desdichada ha puesto de su parte toda la culpa.

- ¿No se ha marchado sola?, exclamó Dournof con voz de trueno.

Merof bajó tristemente la cabeza.

- ¿Con quién?, ¿con quién?, repitió el marido ultrajado, triturando entre sus manos el respaldo de la silla dorada que tenía delante.

- Con ese italiano..., ese marqués... Han partido esta tarde para el extranjero. Puede usted hacerlos detener...

- ¡Detenerlos!, dijo amargamente Dournof, ¡hacer traer por los gendarmes a la mujer que ha abandonado públicamente su hogar! ¿Qué ganaría yo con ello? Que se vaya, la desdichada, que siga su triste destino; no estaba hecha para...

- ¡Dournof!, dijo Merof con dulzura, ¡es mi hija!

El joven presidente se sentó cogiéndose la cabeza entre las manos.

- He aquí lo que ha escrito, repuso Merof, entregando a su yerno una carta abierta que éste leyó maquinalmente.

«Mi querido papá, decía la carta, el Sr. Dournof me quita ahora el afecto de mis hijos, después de haberme retirado el suyo, sin que me sea posible encontrarme en falta. A pesar de mis súplicas reiteradas, ha mantenido en su puesto a una criada que se apropia todos mis derechos; no puedo soportarlo...»

- ¿Qué criada es ésa?, preguntó Merof, esperando encontrar alguna excusa a la conducta de Mariana.

- La Niania, contestó Dournof encogiéndose de hombros.

«No puedo soportarlo, repuso continuando su lectura; parto, acompañada de un amigo fiel, que no ha podido ver sin compasión la manera indigna con que soy tratada en mi casa; y me llevo a mi hija a fin de que de dos hijos que Dios me había dado, me quede al menos uno que me ame; he dejado a mi marido el que él prefiere.»

- ¡Pero eso es una demencia!, exclamó Dournof cuando hubo terminado. ¡Es una demencia y de la más peligrosa! Que vaya a donde la conduce el destino, la pobre mujer que ha amargado mi vida! ¡pero mi hija! no puede guardarla con ella.

- No la guardará mucho tiempo, dijo tristemente Merof; esa niña pronto va a estorbarle...

Aquellos dos hombres se miraron y se comprendieron.

En el momento en que sus manos se reunían en un cordial apretón, entró Sergio.

- ¿Dónde está papá?, decía; quiero darle un beso antes de acostarme... y a mi abuelo también.

La Niania, silenciosa como siempre, seguía al niño y se había detenido a la puerta. Los dos hombres levantaron al niño en brazos, y las lágrimas de rabia del esposo ultrajado se mezclaron en las guedejas rubias del muchacho con las del padre deshonrado en sus canas.

XXX

Cuando Dournof se encontró solo en las habitaciones desiertas, las recorrió todas lentamente, como para darse cuenta de lo que veía.

En todas partes las huellas de un lujo más brillante que de buen gusto; en todas partes las marcas que deja la mano negligente de los servidores mal vigilados. Salvo el despacho del presidente, en el cual la Niania se había reservado el derecho de ponerlo todo en orden, el rico mobiliario, preparado para reservar a la joven desposada, estaba malbaratado y denunciaba la incuria de la señora de la casa.

Dournof miró todo aquello con aire tranquilo; aquel aspecto no era nuevo para él, y si hoy lo miraba era con los ojos de un juez de instrucción que reúne las pruebas.

Sí, Mariana, que huía al extranjero con un hombre desprovisto de todo valor moral e intelectual, Mariana estaba bajo la mirada de su juez, y este juez pronunciaba sobre ella la condenación más terrible.

Había amado a aquella joven frívola, a aquella mujer indigna, a aquella madre sin amor maternal; la había amado... ¿La había amado de veras?

El recuerdo del amor que había sentido por Antonina, intenso y agudo como un remordimiento, pasó por su alma lacerada; no, no había amado a Mariana con ese amor profundo que forma parte de nosotros mismos, en que el respeto se mezcla con la ternura, en que se teme más desagradar al ser a quien se ama que caer en desgracia con los soberanos; no, no era así como había amado a Mariana.

Dournof trató luego de recordar cómo se había portado con su joven esposa.

«¿La mimé demasiado?, se preguntó, interrogando severamente los repliegues de su conciencia. ¿He sido un esposo demasiado indulgente? ¿He sido un esposo demasiado severo?»

Repasó en su memoria las escenas del principio, en que los caprichos arbitrarios, los enojos de Mariana, tratados por él como los errores de una niña idolatrada, eran censurados con suavidad, reprimidos con mesura.

«Obré como debía, pensó el esposo ofendido; por consiguiente la culpable es ella, ella sola... ¿Iré a perseguirla? ¿Hay que obligarla a volver al hogar que ha deshonrado? ¿Qué cara le pondría yo, Dios mío, y de qué manera acogería yo, a su regreso, a la esposa reintegrada a mi potestad de marido por la fuerza y no por el arrepentimiento?»

Dournof se estremeció de horror a la idea de que aquella mujer, que deshonraba su nombre, pudiese volver a presentarse a su vista. En efecto, un día, cansada de andar por el mundo, cansada de soportar el peso de una situación vergonzosa, Mariana podía volver a su casa; podía venir a llorar a sus pies, a implorar su perdón, a hablar de su hijo... ¿Qué haría él contra las lágrimas de aquella criatura insensata, que no sabía querer el bien ni el mal? ¿La despediría? Entonces podría ella acusarlo de arrojarla al vicio. ¿Acogerla?... ¡Qué oprobio el respirar el mismo aire que aquella mujer mentirosa y adúltera!

Volvió a su despacho. El cuarto de Sofia, sombrío y desierto, había dado otro curso a sus pensamientos. ¿Qué iba a ser de su hija, inocente criatura destinada a crecer junto a su madre indigna?

¡Pobre niña! ¡Todo su porvenir iba a ser destruido por la que hubiera debido protegerla! Su alma virginal ziba a ser empañada en flor por la opinión de la gente? ¿Despreciaría a su madre o sucumbiría como ella?

Dournof, abatido, no vio límites a su desesperación. La opinión pública, de que hacía poco caso por lo que tocaba a sí mismo, le parecía aplastante cuando amenazaba a sus hijos. Permaneció inmóvil, con las manos apretadas una contra otra, hundíense las uñas en la carne sin sentirlo, de tal manera su dolor moral superaba al otro.

Levantó los ojos al cielo, quizá para lanzar algún clamor desesperado, y su mirada encontró el retrato de Antonina.

«¡Ah!, exclamó, adorada mía, ¡con quien soy culpable es contigo! No debí admitir una extraña en el santuario de mi corazón, que te estaba consagrado. Después de haberte amado, no debí amar más que mi deber, debí vivir para la humanidad doliente, que nos habíamos propuesto consolar juntos. Debí seguir siendo pobre, debí despreciar los honores y las dignidades que me trastornaron la cabeza; nacido del pueblo, debí consagrarme a él, y puesto que Dios no había permitido que tu bondad y tu prudencia iluminasen mi vida, debí crearme condenado a la soledad, aceptar ese fallo; debí vivir y morir solo.»

La Niania entró sin hacer ruido y fué a colocarse delante de su amo.

— ¿Qué quieres?, preguntó Dournof.

La vieja se inclinó respetuosamente y dijo:

— La señora ha partido; vengo a recibir tus órdenes.

— ¿Para qué?

— ¿Qué vamos a hacer de sus cosas?

— Nada, contestó pensosamente Dournof; absolutamente nada.

— Entonces habrá que ponerlo en cajas.

— Sí..., como quieras.

El silencio reinó, pesado y cruel como en la espera de la muerte.

— Mi amo, repuso la vieja, tú estás triste.

Dournof prorrumpió en una risa amarga.

— ¿Quieres que me regocije?, dijo irónicamente. Quizá tienes razón, pues, en lo sucesivo, nada irá peor que antes.

La Niania meneó la cabeza.

— Hablas mal, contestó ella; no sabes someterte a la voluntad de Dios.

— Es verdad, exclamó Dournof, no sé someterme. ¿Pero por qué este golpe después del otro? ¿Por qué, de estas dos mujeres, el ángel sucumbió y el demonio vive, y vivirá para mi desgracia y la de mis hijos?

— Blasfemas, dijo severamente la Niania; los designios de Dios son impenetrables.

— Sea, contestó Dournof; pero, Niania, cuando pienso en Antonina, no puedo comprender cómo me casé con Mariana.

La Niania inclinó gravemente la cabeza.

— Nuestra Antonina era un ángel, dijo ella, y sin embargo pecó contra el cielo buscando la muerte antes de su hora. Sois impacientes, los jóvenes, no sabéis soportar el dolor; queréis que la vida sea siempre de color de rosa y alegre, y, cuando llega la desgracia, en vez de recibirla como una prueba destinada a hacernos mejores, huís como niños miedosos. Hay que ser hombres, aceptar la vida tal como Dios la da, y someterse a ella.

— Cuando se puede, murmuró Dournof. ¡Oh, Antonina!, ¡yo hubiera sido feliz contigo!

Dournof conoció entonces un dolor más acerbo que todos los antiguos dolores: la pena de haber perdido a Antonina se volvía tanto más cruel cuanto que comparaba el pasado con el presente. Poco a poco, el presente se le hizo intolerable: dejó de ocuparse en sus propios negocios, reservando todos sus cuidados para su tribunal; ni su hijo Sergio lograba distraerlo; el niño, que había quedado delicado, sufría frecuentes ataques de la terrible enfermedad que no cesaba de amenazarlo. La existencia del infortunado padre transcurría pues entre el temor de perder a su hijo y el de volver a ver a su esposa: el que se realizó fué este último.

Tres años después de la huida de Mariana, se vió anunciar a una mujer sencillamente vestida, que acompañaba a una niña de unos cuatro años. Admitida en el despacho del presidente, esta mujer sacó una carta del bolsillo y la presentó a Dournof, que reconoció la letra de Mariana y la nodriza de Sofia. Antes de leer la carta miró a la niña; el parecido de esta criatura con su hermano no era muy notable, pero Dournof reconoció sus propios ojos en los de Sofia, así como los bucles de cabellos que antes coronaban su frente ahora casi calva.

— ¡Sofia!, exclamó.

La niña se adelantó y lo miró con confianza.

— ¡Sofia!, repitió; ¿sabes que soy tu padre?

La niña meneó la cabeza negativamente.

— Mi papá estaba allí, dijo la criatura, pero hace tiempo que se marchó.

— No digas tonterías, interrumpió la nodriza; se te dijo que ibas a ver a tu papá; tu papá es el presidente.

Dournof atrajo a sí a la niña y la besó con ternura, con piedad, con el corazón lleno de lágrimas en presencia de aquella inocencia ya empañada, y que, más tarde, cuando ya fuese grandecita, recordaría el pasado que en vano se trataría de hacerle olvidar.

La nodriza seguía tendiendo al presidente la carta que él evitaba tomar; la mujer la puso delante de él sobre el bufete; después de una larga vacilación, acabó él por abrirla.

La niña lo miraba, con asombrados ojos, y el infortunado padre encontraba en las miradas, en los gestos, hasta en las gracias de la sonrisa infantil, el parecido fatal que había de hacer de aquella niña una segunda Mariana. El gesto era ya amanerado, la mirada carecía de franqueza... Dournof tenía en su presencia a una mujercita, una de esas criaturas precoces que imitan a las amigas de su madre y a su madre misma. Dournof exhaló un profundo suspiro, besó tristemente los rubios bucles de su hija, y leyó la carta:

«He abierto los ojos sobre mi falta, decía Mariana, y le envío a usted a su hija como mensajera de paz. No negará usted a esa inocente el perdón de su madre culpable; quisiera volver bajo su techo, donde llevaría en adelante la vida de una buena madre de familia.»

Aquí Dournof se sonrió amargamente.

«Comprendo, continuaba tan singular misiva, lo que una contestación le costaría a usted; así es que consideraré su silencio como una autorización para volver a su casa. No sigamos dando al mundo el espectáculo de un matrimonio desunido. Yo le he amado a usted tiernamente, y, si quiere perdonarme, aun podremos ser muy felices.»

No obteniendo ninguna señal de aprobación o de reprobación, la nodriza dijo:

— Y bien, señorito, ¿qué ordena usted que se haga?

Dournof se estremeció como despertando de un sueño.

— Vaya usted a su antiguo cuarto, dijo, se quedará usted aquí.

Volvió a besar a la niña, y, cuando ésta hubo desaparecido, se levantó y se paseó largo rato por su despacho.

«¡Felices! ¡Felices juntos! ¡Qué triste ironía!, pensaba marchando a paso lento y mesurado como un péndulo de un reloj. ¡Felices! en una unión manchada por la infamia, con el recuerdo del pasado entre ella y yo, con una imagen adúltera entre nosotros en el hogar conyugal!... ¡Ella podría olvidar! ¡Ella aun podría experimentar por mí el género de pasión ligera y superficial que su alma frívola es susceptible de sentir!... Ella sería feliz, ¿pero yo?»

Detúvose, miró vagamente por la ventana, paseó luego sus miradas en torno de la habitación y se detuvo delante del retrato de Antonina.

«Aquí está la felicidad, dijo para sí. ¡La felicidad era no volver a ver aquí a esa mujer que aborrezco!; era vivir tranquilamente con la Niania y mi Sergio; era olvidar que había en el mundo otros seres pertenecientes a mí, fuera de estas dos almas que me aman exclusivamente. Era vivir los tres bajo la vista de Antonina, que nos miraba con complacencia y se dignaba sonreírnos desde arriba. ¡Sí, desde que te perdí, mi querida protectora, no he sido feliz sino aquí, cuando, en el recogimiento de mi vida interior, escuchaba los consejos que dabas a mi conciencia! Y ahora, Antonina, ¿qué ordenas? ¿Debo arrojar de mi casa a esa mujer, mi peor enemigo? ¿Debo hacerle puesto, y, por respeto a sus hijos de corta edad, ahogar mis sentimientos de aversión y de asco?»

A la idea de volverse a encontrar con Mariana, de ver volver a su casa, ahora grave y silenciosa, alegrada únicamente por los gritos joviales de Sergio, la multitud estrepitosa y disipada que antes la asediaba, Dournof sintió desfallecer su corazón.

«¡No puedo! ¡No, no puedo!», exclamó retorciendo sus manos desesperadas.

«¡Sin embargo, es preciso!, le decía su conciencia; ¿cómo negar a aquella extraviada el único medio que le quedaba de volver a la virtud? ¿Cómo retirar aquella brizna de paja a un alma en peligro? ¿Dormirías tranquilo pensando que habías arrojado al abismo del vicio a la esposa que lleva tu nombre, a la madre de tus hijos, cuando podías salvarla abriéndola tu puerta?»

«¡Pues bien, no! No puedo, repitió Dournof. Eso es superior a mis fuerzas.»

Después de haber meditado largo rato, tomó una súbita resolución y se fué al cuarto de su hijo. Los dos niños jugaban ya juntos sobre la alfombra, como si nunca se hubiesen separado.

— Niania, dijo Dournof, ven.

La Niania obedeció y siguió a su amo al despacho.

— ¿Sabes que mi esposa quiere volver?, preguntó él bruscamente.

— La nodriza acaba de decírmelo, contestó la vieja bajando la cabeza.

— ¿Dónde está?

— En Varsovia.

— ¿Qué hace allí?

— Espera que le permitas volver.

— ¿Y si me niego?

La Niania miró a su amo con gran sorpresa.

— ¿Cómo podías negárselo? ¿No es tu mujer?

Dournof, sorprendido a su vez, examinó más atentamente a la vieja criada. Ésta tenía el aspecto triste, pero no sublevado. La buena anciana conocía la paciencia y la resignación.

— Pero bien sabes que estoy quejoso de ella.

— Nadie está exento de pecado, señor, contestó la humilde criada. Si tiene ganas de portarse bien debes permitirle que lo pruebe.

— ¿Y si vuelve a las andadas?

La Niania hizo la señal de la cruz.

— ¡Dios nos preserve de semejante desgracia!, dijo. ¿Por qué llamas al mal sobre tu casa? Tu mujer no caerá dos veces en la misma falta.

— ¿Y si incurre?, insistió Dournof irritado.

— ¿Quieres saber más que el Espíritu Santo?, dijo la Niania en tono de reproche; eso no está bien.

Dournof calló durante algunos minutos y dijo después:

— ¿Entonces quieres que vuelva?

— Debe volver, contestó la conciencia leal de la Niania.

— Sin embargo, no le tienes gran afecto, tú que quieres que vuelva a esta casa, y menos te quiere ella a ti.

— Es verdad, señor; pero me prometiste que no me separaría de nuestro Sergio, y, además, ella debe volver aquí; es el puesto que Dios le ha señalado.

Dournof hizo un gesto con la mano, grave y triste. La Niania lo comprendió y se retiró.

Aquel día, el presidente se olvidó de comer; las narraciones de Sergio, encantado de su hermanita, muy extraordinaria y muy mundana para él, acostumbrado a la soledad, no pudieron distraer al padre de sus serias reflexiones. Su quinqué ardió has-

ta muy avanzada la noche, y, al fin, cansado de combatir, Dournof cedió y escribió:

«Puede usted volver.»

XXXI

Pocos días después, la señora Dournof volvió a su casa. Era de esperar algún encogimiento, alguna cortedad con su marido y con su servidumbre; mas no sucedió nada de esto. Sin duda, en el fondo, Mariana sentía lo falso de su posición, pero apeló al orgullo, y mostróse altanera con todo el mundo.

Su escapatoria no había tenido gran resonancia en la alta sociedad, a causa de la reserva de Dournof, que había impuesto prudencia a los curiosos; su vuelta no fué considerada como un acontecimiento de gran importancia. El Sr. Merof había dicho siempre que su hija se hallaba en el extranjero por razones de salud, y sus amigos habían fingido creerlo. La vuelta de Mariana no fué pues señalada exteriormente por ninguna circunstancia particular.

En la tarde de aquel primer día, tan embarazoso para todo el mundo, excepto para Mariana quizá, después que se hubo acostado a los niños la señora Dournof entró en el despacho de su marido.

Entonces él levantó la cabeza y frunció el ceño: no entraba en su plan el permitir semejantes intrusiones; pero antes de que hubiese podido abrir la boca, su mujer estaba sentada delante de él y le hablaba afectuosamente.

Los años de ausencia habían embellecido prodigiosamente a la señora Dournof; había perdido las gracias infantiles que conservó hasta mucho tiempo después de su matrimonio, pero había adquirido otras más femeninas, más artificiales quizá, pero también más seductoras. Mariana sabía sacar partido de todo lo que, en el traje y adorno de la persona, puede realzar la belleza de una mujer, y también de todo lo que la belleza de una mujer puede obtener de los que son accesibles a ella.

— Es usted realmente bueno, amigo mío, dijo Mariana con voz musical, algo velada, que era en ella un encanto nuevo. El timbre de cristal había desaparecido, pero la pasión contenida vibraba ahora en sus menores palabras. Gran bondad ha sido el escribirme que volviera, y no puedo expresar a usted toda mi gratitud.

Los ojos de Mariana, viniendo en auxilio de sus palabras, se fijaron en Dournof con una emoción discreta. El presidente permaneció inmóvil, y no apartó su mirada de la alfombra.

— Sé todo lo que le debo a usted, repuso Mariana, y no seré ingrata. He reflexionado mucho de algunos años a esta parte, y me he dicho que no era usted el único responsable de mi... de mi error.

— ¿De veras?, contestó Dournof en tono glacial, ¿ha encontrado usted eso? ¿Qué buena es usted!

Sin recoger la ironía de estas palabras, Mariana continuó, esta vez con la vista baja:

— Sí..., quizá era yo demasiado joven..., en todo caso, demasiado niña; no supe apreciar el mérito de usted; su seriedad me pareció frialdad; su dignidad, orgullo... Era usted demasiado grave para mí...

«¡Cómo miente!, pensó Dournof recordando los primeros días de su unión, en que, embriagado por la gracia y la hermosura de aquella mujer encantadora que parecía adorarlo, que lo adoraba sinceramente, no cuidaba de conservar su seriedad y su dignidad al lado de ella.» Pero siguió guardando silencio.

— Y sin embargo, repuso Mariana, le amé a usted apasionadamente; sí, a pesar de su sonrisa sarcástica, le amé a usted, bien lo sabe.

— ¿Por qué cesó usted?, preguntó Dournof en tono tranquilo.

— Porque... porque estuvo usted demasiado duro conmigo, exclamó Mariana con vehemencia, porque a usted no le gustaba lo que me gustaba a mí, porque no cesó usted de oponerse a mis gustos, porque mis amigos se convertían en enemigos de usted.

— Escogía usted bien los suyos, en efecto, interrumpió Dournof, mirando fijamente a su mujer. ¿Debía yo, a la verdad, convertirlos en amigos míos?

Mariana se sonrojó y se estremeció de pies a cabeza.

«Va a matarme», pensó. Y dijo en voz alta, con los ojos llenos de lágrimas y una indecible ternura en la voz:

— Fué la desesperación la que me arrastró a la caída: fué porque usted ya no me amaba...

— No fui yo el primero en romper los sagrados lazos de ternura que al principio hacían nuestra vida feliz.

— Fué usted, Sergio, fué usted, replicó Mariana levantándose.

Se acercó a su marido, le echó sus admirables bra-

zos al cuello, y, haciendo caer sobre su hombro sus rubios y vaporosos bucles, murmuró:

— Te sigo amando, Sergio, perdóname, seamos otra vez felices amándonos.

Sorprendido desde luego por la brusquedad de aquel movimiento tan poco previsto, Dournof no había podido dar crédito a sus ojos; pero, al sentir sobre su pecho el rostro de Mariana, retrocedió, sobrecogido de un violento temblor que lo sacudía desde la cabeza hasta los pies.

— ¡Usted!, exclamó, desprendiéndose de los brazos de su mujer, que lo estrechaban, ¡usted se atreve!

— Yo estaba celosa, Sergio, murmuró Mariana, procurando cogerle la mano que él le rehusaba.

— ¿Celosa? ¿Y dónde tiene usted la sombra de una duda, de una simple duda en mi conducta?

Mariana levantó altivamente su cabeza de arrepentida, y señaló con el dedo el retrato de Antonina:

— Aquí, dijo ella.

Dournof miró a su mujer un instante con una mirada fija que la hizo palidecer; cogiéndola luego brutalmente por la muñeca, la precipitó a sus pies.

— ¡Miserable!, exclamó, ¡miserable!...

Trató de hablar, pero no pudo encontrar las palabras que buscaba; su cólera era tan violenta que había perdido el juicio.

Mariana, alocada, permanecía de rodillas: él la soltó y la miró retrocediendo un paso.

— ¡Se ha atrevido usted a ultrajar a una santa! Si, soy culpable, tiene usted razón; hubiera debido permanecer toda mi vida fiel al culto de ese ángel que había subido al cielo; falté, pero solamente el día que cedí a las seducciones de usted. Usted es la carne, ella era el espíritu...; no tiene usted nada de común con ella, no ha seguido usted nunca la misma senda.

Volvió la espalda con asco. Mariana aprovechó aquel momento para levantarse. Su fingida humildad había desaparecido.

— Le ofrecía a usted la paz, dijo ella en tono duro, y es usted el que ha elegido la guerra; la acepto; pero desde ahora es usted responsable del porvenir. Me quedo aquí, se lo prevengo, porque para arrojarme de esta casa habría que emplear la violencia, y usted no se atreverá.

Esto dicho, salió; el ruido de su vestido de cola resonó un instante en la estancia inmediata, luego se alejó, y todo quedó sumido en un triste silencio.

Dournof se cogió la cabeza entre las manos. Todo vacilaba en torno de él, pero no sabía hacia dónde dirigir sus miradas.

Después de un instante de la tortura más cruel, llamó y presentóse la Niania.

— Niania, le dijo, tú quieres a mis hijos.

— Tanto como tú, amo mío, contestó la vieja.

— ¿Me juras no abandonarlos jamás?

— ¿Por qué había yo de abandonarlos?, dijo la Niania encogiéndose de hombros; sólo cuando me muera; antes, seguramente que no.

— Está bien. Di al cochero que enganche.

— ¿A estas horas?, preguntó ella sorprendida.

— Sí, tengo que hacer. Pronto.

La vieja obedeció en silencio, como siempre.

Dournof, una vez solo, se sentó a su bufete y arregló diversos papeles; escribió varias cartas que puso en sitio visible; una de ellas iba dirigida a su suegro. Buscó luego en un cajón las cartas de Antonina, volvió a leerlas rápidamente y las prendió fuego en la chimenea.

Al dirigir una postrer mirada a su alrededor, vió el retrato de la muchacha; lo descolgó en seguida, sacó la fotografía del marco y la echó también en el fuego. Miró cómo la cartulina se retorció al arder; pronto no quedó de ella más que un montón de cenizas negras que conservaba la forma del retrato, y por donde corrían chispas rojas.

Cuando la última chispa hubo desaparecido, golpeó con las tenacillas aquellas brasas, y todo quedó desvanecido.

— El coche está dispuesto, vino a anunciar la Niania.

Dournof hizo una señal con la cabeza.

— ¿Vas lejos, solo, de noche?, preguntó la Niania inquieta. ¡No vaya a sucederte alguna desgracia!

— No puede ya sobrevenirme ninguna desgracia, contestó Dournof, dirigiéndose hacia el cuarto de su hijo.

Por orden de Mariana, habían reunido a los dos niños en la misma estancia. Ambos dormían, cada uno en su cuna; el mismo reflejo de alegría y de paz infantil iluminaba aquellos dos rostros. Dournof los contempló con igual ternura, los besó, uno tras otro, y salió del cuarto.

La vieja Niania lo siguió, inquieta como un perro que ve a su amo partir sin él. Dournof volvió la ca-

beza y besó a la Niania en la apergaminada frente.

— Velarás bien por ellos, dijo, y desapareció.

XXXII

La noche era obscurísima cuando Dournof llegó a la posada de Pargolova; apeóse allí y ordenó al cochero que regresase a la ciudad al paso. El cochero, que no había estado nunca allí, pues Dournof tomaba siempre carruajes de alquiler para aquella peregrinación, obedeció sin reflexionar y, al cabo de un rato, el coche desapareció en un recodo de la carretera. El presidente tomó entonces el camino del cementerio.

Era una fría noche de noviembre; la nieve no había caído aún en bastante cantidad para permitir la locomoción en trineo, pero se extendían ya, a lo lejos, en las hondonadas y en los surcos, anchas fajas de nieve, como los pliegues de un sudario sobre la tierra obscura. La media luna, en su declive, reflejaba apenas bastante luz para poder distinguir el camino. En el pueblo, todo dormía bajo el techo de las cabañas, en cada una de las cuales brillaba la lámpara de las imágenes. Aquellas débiles claridades de lamparilla parecían cirios colocados junto a un muerto. Dournof hizo esta reflexión, y emprendió a grandes pasos el camino del cementerio.

El viento soplaba por entre las ramas y levantaba del suelo puñados de nieve finísima que arrojaba al rostro del presidente. Aquel desolado cementerio no tenía flores ni coronas en sus cruces solitarias. La tumba de Antonina, muy conocida a causa de su elevación, era la única que estaba cubierta de coronas de metal plateado: era uno de los cuidados de Dournof, quien había querido que, hasta en la época en que las flores no pueden vivir en el exterior, hubiese algo que indicase que Antonina no se hallaba abandonada.

Subió la colina sin notar el intenso frío que le helaba la ropa.

— ¡Voy, voy!, murmuraba.

En aquel momento no se acordaba ya de Mariana; la había olvidado completamente: subía otra vez aquel doloroso viacrucis que había recorrido diez años atrás, con la misma intensidad de sufrimiento, con la misma desesperación que cuando tropezaba por el escarpado sendero, llevando la cabecera del féretro de Antonina. Al llegar a la tumba, se apoyó en la cruz, sin aliento por haber subido tan aprisa. Todo estaba tranquilo, oscuro, lúgubre; la luna iba a desaparecer detrás de los bosques, al otro lado del lago. Besó la cruz helada.

— He venido, dijo, porque sólo tú eres la paz, sólo tú eres la salvación. Consuélame, alma querida que estás en el cielo, cógeme en tus brazos como a un niño enfermo. Mi mal es grande..., mi corazón sufre..., estoy cansado...

Sentóse sobre la piedra, con el brazo izquierdo abrazado a la cruz y con la cabeza apoyada en el hierro glacial. Poco a poco sus ojos se cerraron; su cuerpo, fatigado por la lucha de su espíritu, se dobló al peso de una languidez deliciosa. El frío le invadió con una irresistible necesidad de dormir... «Consuélame, murmuraba, cálmame, necesito reposo y paz...»

No buscaba más que un poco de sueño y de reposo. Durmióse muy pronto sin conservar siquiera la fuerza de luchar. Poco a poco, una visión pareció subir del lago helado: Antonina, vestida de blanco, se elevaba lentamente hacia el cielo, y los pliegues de su sudario, vestido de virgen y de desposada, envolvían a Dournof dormido... Y él subía a su lado, sin sacudida y sin dolor... No hay labios mortales que puedan decir dónde acabó su sueño.

A la mañana siguiente, lo encontraron muerto, apoyado en la cruz que aun tenía abrazada con su brazo izquierdo.

El señor Merof ha recogido a los niños en su casa; la carta que su yerno había dejado para él hablaba de un viaje remoto, de duración ilimitada; este viaje quizás hubiera conducido a Dournof a América; si la muerte no hubiese puesto fin a todas sus vacilaciones. Sea como fuere el abuelo educa a sus nietos.

La Niania amortajó con sus propias manos el cuerpo de Dournof, como amortajó el de Antonina, y, en su alma, bendice al Señor elemento que los ha reunido.

Es muy anciana, pero vigorosa todavía, y, en la apacible morada del Sr. Merof, vela, mañana y noche, por las preces del niño y de la niña que nunca se olvidan de «Papá y tía Antonina que están en el cielo», porque la vieja criada está segura de que Dios los recibió en su misericordia.

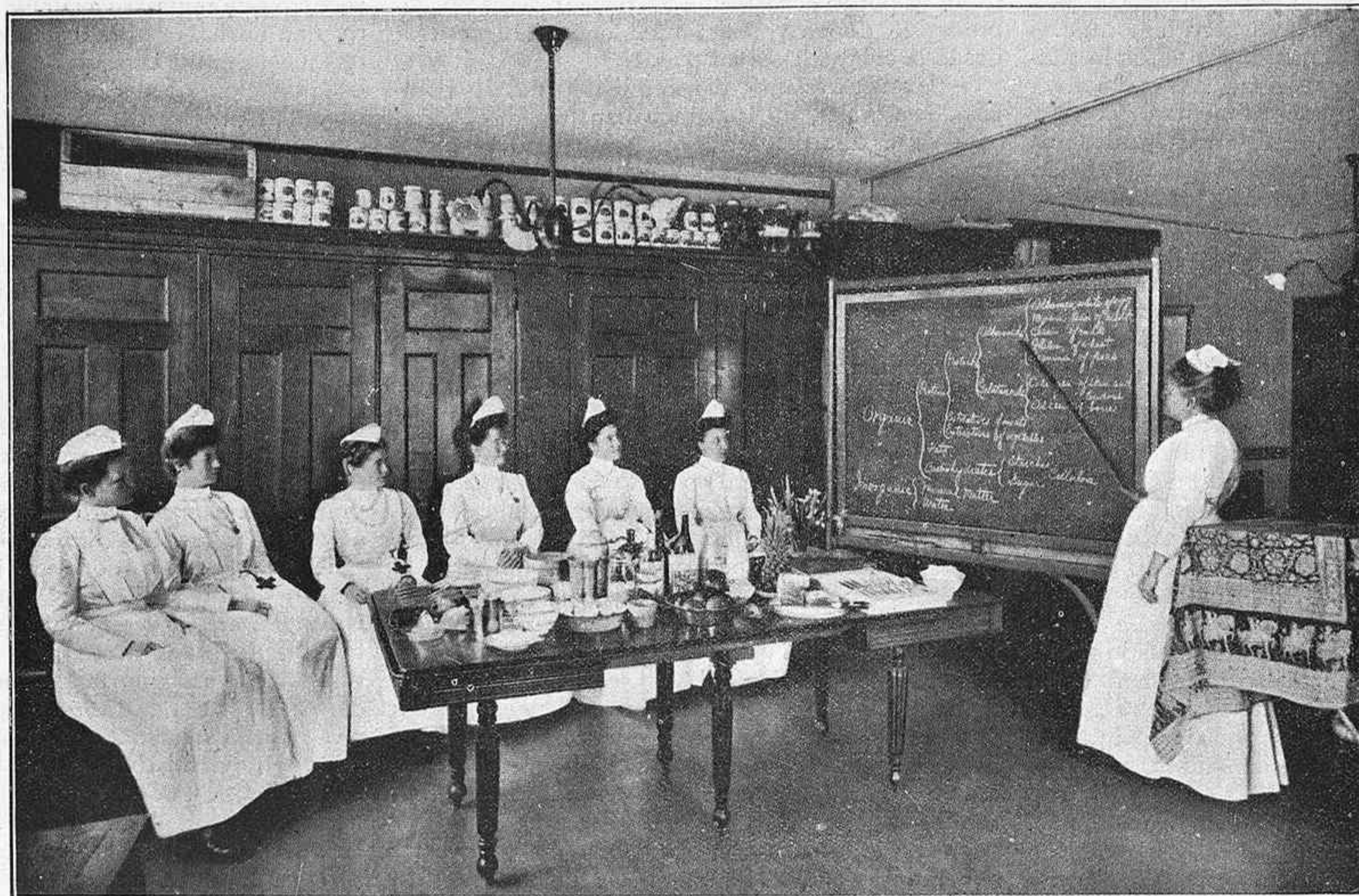
TRADUCCIÓN DE PEDRO DE TORNAMIRA.

NOTAS DE LA AMÉRICA DEL NORTE. - BOSTON. INSTITUTOS ESPECIALES PARA MUJERES

La educación de las mujeres es objeto de especial atención en los Estados Unidos; mas no se crea que esta educación se refiera únicamente al cultivo

ben limpiar las mesas, bruñir los pavimentos, barrer, sacudir el polvo, colocar los platos, las copas y las tazas en los armarios; limpiar la plata, arreglar y

res es la llamada *Simmons College*. El fundador de esta institución se propuso con ella proporcionar a las mujeres la instrucción de arte, ciencia o indus-



Escuela de cocina. - La Escuela de cocina de Boston es un instituto práctico en el que son admitidas las jóvenes del campo que desean aprender a servir y las hijas de los millonarios que desean saber mandar

y desarrollo del espíritu por medio de estudios puramente intelectuales, sino que también abarca enseñanzas cuyo objeto es preparar y adiestrar a la mujer para la vida práctica.

Hay, por ejemplo, en Boston un Instituto de Cocina dirigido por una miss Farmer, en el que aprenden las jóvenes a ser amas de casa y al que concurren lo mismo las hijas de familias modestas que las de los multimillonarios. Esa miss Farmer es una señora de unos cuarenta años, muy activa, rubia, con lentes de oro, y suele ir vestida con una bata de piqué y un delantal blancos, y tocada con una cofia de encajes blanca también. La organización de este instituto es sumamente sencilla. Las muchachas forasteras que procedentes del campo o del extranjero llegan a Boston sin saber nada y deseando colocarse, son admitidas, mediante el pago de tres o cuatro dólares, en el instituto de miss Farmer, de donde salen cocineras a los pocos días; y no es esto todo, sino que, además, aprenden allí a servir la mesa y aprenden también los cuidados de higiene personal necesarios.

Pero aparte de esto, el instituto tiene otro objeto, cual es enseñar a las señoritas de la clase media y de la alta sociedad a guisar y a llevar bien una casa. Esas jóvenes acuden al instituto por grupos de ocho, cada uno de los cuales constituye una clase, y pagan un dólar o un dólar y medio por lección. La enseñanza comprende seis cursos de diez lecciones cada uno. Estas alumnas, que parecen complacerse enormemente en el aprendizaje de los quehaceres domésticos, se preparan ellas mismas y se sirven sus comidas, y casi todas ellas completan los seis cursos, o sean las sesenta lecciones.

Interrogada por un cronista parisiense, que visitó el instituto, acerca de las enseñanzas que esos seis cursos comprenden, respondió miss Farmer:

«En el primer curso se enseña a encender el fuego, a utilizar el hornillo de gas, a cocer las patatas y los huevos, a tostar el pan, a filtrar el café y a hacer sopas sencillas y algunos puddings. El segundo y el tercer cursos están dedicados a la cocina más complicada; el cuarto, a los platos delicados, a las ensaladas y a los postres. En el quinto se aprende a servir, porque para mandar es preciso saber ejecutar, es decir, poder predicar con el ejemplo: mis alumnas, pues, sa-

adornar las mesas para toda clase de servicios, preparar el te ruso, el te inglés y el te helado, servir a los invitados, preparar los sandwiches, escoger los vinos y licores, etc. Durante el sexto curso se enseña la cocina para las enfermeras, y para ello voy con mis alumnas a un hospital y si es menester les doy lecciones prácticas en las mismas salas de enfermos. Finalmente acostumbro a mis discípulas a que vayan al mercado a la compra y a que se provean en

tria necesaria para asegurarles un modo de ganarse la subsistencia.

A este efecto comprende el *Simmons College* cuatro cursos o departamentos: el de la economía doméstica, el de los trabajos de secretariado, el de las bibliotecarias y el científico. Cada curso dura cuatro años, y aunque a primera vista parece éste un tiempo excesivo, no lo es si se tienen en cuenta el número y la complejidad de las enseñanzas que comprenden los programas.

Para llegar a ser un ama de casa, una intendenta, una administradora o un profesor de economía doméstica, es menester ante todo presentarse con certificados de estudios previos importantes y luego seguir durante cuatro años cursos de física, de cocina, de francés, de alemán, de historia, de matemáticas, de gimnasia, de química, de biología, de fisiología, de arquitectura, de decoración, de costura, de bacteriología, de química alimenticia, de dietética, de sociología, de higiene, de contabilidad y de mercado.

Las que quieren seguir la carrera de secretarías han de aprender durante cuatro años estenografía, escritura a máquina, inglés, francés, alemán, español, higiene, historia, gimnasia y legislación.

Para ser bibliotecarias han de tomar lecciones de escritura, de escritura a máquina, de catalogación, de inglés, de francés, de alemán, de higiene, de física, de gimnasia, de bibliografía, de historia, de actualidades, de clasificación y de biblioteca.

El precio de las lecciones de cada curso es de 100 dólares al año; pero las que sólo quieren pagar ocho dólares no asisten a los cursos más que una hora por semana.

Las alumnas no pueden habitar sino en locales aceptados por la decana del colegio, en donde hay también edificios expresamente construídos y aposentos para dos alumnas, compuestos de dormitorio, gabinete de trabajo y sala de baño. El precio de alquiler de estos aposentos varía entre 1.200 y 1.800 pesetas al año, según el piso y la

situación en que se hallan. Las alumnas son, en general, hijas de comerciantes y de empleados de todas clases; pero también se mezclan con ellas algunas muchachas ricas. Así, por ejemplo, la hija del millonario más acaudalado de Boston ha seguido allí los cursos de economía doméstica.



En la Escuela de cocina. - Lección práctica para aprender a guisar toda clase de manjares

los almacenes de todo lo necesario; y de esta manera aprenden los precios de las cosas. De cuando en cuando vienen a ayudarme y a dar lecciones especiales los mejores cocineros de los más importantes hoteles de Boston.»

Otra escuela de gran importancia para las muje-

La instalación del *Simmons College* nada tiene de notable; en sus aulas se ven muchachas escribiendo a máquina o clasificando cuidadosamente papeletas de catálogo o practicando otras de las múltiples enseñanzas que se dan en la institución.

tad de los gestos y del porte, y un aumento considerable de la resistencia.

Para que se vea la importancia de las enseñanzas que se dan en la Escuela normal de Gimnasia, bastará decir que el programa del primer año compren-

Se considera que las alumnas necesitan saber cómo han de rectificar una formación anormal del cuerpo por medio de ejercicios y masajes; cómo puede evitarse una anomalía mediante el uso exclusivo de movimientos naturales; cómo funcionan



Cocina de millonarias. - Las jóvenes millonarias de los Estados Unidos no quieren ignorar nada de su futuro papel de amas de casa y se preparan a desempeñarlo siguiendo asiduamente, entre otros, los cursos de cocina

En la cocina vense siempre unas cuantas jóvenes, tocadas con cofias blancas y un delantal del mismo color, preparando guisos o tomando te, cremas o sorbetes por ellas mismas confeccionados.

Uno de los institutos para mujeres más importantes de Boston es la Escuela normal de Gimnasia, fundada y dirigida por una dama de aquella ciudad y en la cual hay gran número de jóvenes norteamericanas, salidas ya de las escuelas superiores y que tienen, por consiguiente, de diecinueve a veinte años por lo menos. Estas jóvenes acuden a ella y en ella permanecen dos años aprendiendo la ciencia de los movimientos y de los deportes, para luego difundirla al través de América.

La institución cuenta con veinte profesores, y las alumnas pagan 750 pesetas al año sólo para la enseñanza, y además 100 pesetas para libros e instrumentos de disección, 50 para ropas especiales y 11,25 para zapatos.

«Llegué durante una lección - escribe un cronista explicando su visita a la Escuela - . En el centro de una gran sala provista de todos los aparatos posibles de gimnasia, unas cuarenta muchachas, de veinte a veintitrés años, vestidas con amplios trajes de ciclista de color azul marino, se encaramaban por las cuerdas o trepaban por las escaleras o saltaban por encima de caballos de madera.

»Después, colocadas en dos filas, obedecían a la voz débil pero imperativa de una ayudante, alzaban los brazos, los extendían, doblaban las rodillas, se encorvaban, se erguían, volvían la cabeza, marchaban al paso y se paraban en seco con los pies juntos.

»Después hubo lección de «danza estética». Un joven se sentó al piano y tocó una especie de vals lento; la ayudante indicaba los movimientos que las alumnas imitaban: eran movimientos redondeados de brazos y piernas, hacia delante y hacia atrás, graciosas flexiones de piernas, inclinaciones del busto; una danza elegante con pasos de polka marcados y gestos artísticos que parecían seguir la música.»

Respecto de la utilidad de la clase de danza estética se justifica diciendo que es una aplicación de la gimnasia para enseñar la coordinación de los movimientos y el sentido del ritmo; los movimientos son más complicados, menos localizados, más refinados que en la gimnasia propiamente dicha, y los resultados prácticos obtenidos son la gracia, la liber-

de las asignaturas siguientes: Física, con demostraciones; Química, con trabajos de laboratorio; Histología y Fisiología, con laboratorio; Teoría de la gimnasia; Anatomía descriptiva; Accidentes, con instrucción práctica de curación de heridas y vendaje; Instrucción gimnástica, Gimnasia correctiva y curso de masaje; Juegos gimnásticos, Enseñanza de la danza estética y Natación.

El programa del segundo año sólo difiere del an-

los músculos y los órganos durante los ejercicios. De aquí la enseñanza de la anatomía, de la histología y de la fisiología.

Las alumnas visitan los hospitales de niños para ver la demostración clínica de las deformidades y de su tratamiento; y en los cursos de higiene se les enseña la higiene del traje y de los baños, las precauciones que han de tomarse contra los resfriados y otras enfermedades inflamatorias, y se les habla de la alimentación, de la fatiga, del reposo y del sueño.

Es menester también que las futuras profesoras sean aptas para apreciar rápidamente los síntomas de enfermedad que puedan atacar a sus alumnas y aun para decidir si deben o no dedicarse a tal o cuál deporte; a este objeto se les enseña a distinguir entre las enfermedades agudas y crónicas, se les explican las enfermedades constitucionales, el reumatismo crónico, muscular, la gota, la diabetes, el raquitismo, la obesidad, la tuberculosis, las enfermedades más comunes de los sistemas respiratorio, digestivo, vascular y urinario, los signos de la anemia primaria y secundaria, etc.

El estudio de la psicología las inicia en la vida mental y les da el hábito de la observación y del análisis, tan necesario en el arte de enseñar.

Hay también curso de atletismo, es decir, de deportes. Todas las semanas van las alumnas a un campo de juegos situado junto a un río y allí se dedican a toda clase de deportes con objeto de que no sólo se familiaricen con ellos, sino que, además, puedan establecerlos allí donde su carrera las lleve a ejercer el profesorado.

Para ser admitida en la Escuela normal de Gimnasia de Boston es menester, como antes hemos indicado, justificar una educación general equivalente a la que se requiere para graduarse en las escuelas superiores. Además, cada postulante debe someterse a un examen físico: el menor defecto, la más leve enfermedad, el menor desorden de salud, es causa de exclusión. Después de ad-

mitida, pasa al servicio de antropometría; los aparatos que para ello se emplean trazan la forma total del cuerpo humano desde la cabeza hasta los pies, miden y dibujan la fuerza de inspiración y respiración, y la anchura y el grosor del cuerpo. De cuando en cuando se comparan los esquemas de entrada con los esquemas sucesivos y así pueden apreciarse los progresos y las pérdidas, lo que permite estudiar las causas de estas últimas y combatir las. - T.



En la Escuela de cocina. - Lección práctica para aprender a poner y servir la mesa

terior en la distribución de las horas de trabajo y la adición de algunos cursos nuevos, tales como antropometría, sintomatología, psicología y esgrima.

Todos estos estudios se consideran necesarios, aun aquellos que parecen más ajenos a la gimnasia; así, por ejemplo, la química es una preparación para la fisiología y el conocimiento de ésta en detalle es indispensable si se quiere enseñar la gimnasia inteligentemente.

VALENCIA

LAS FALLAS DE SAN JOSÉ

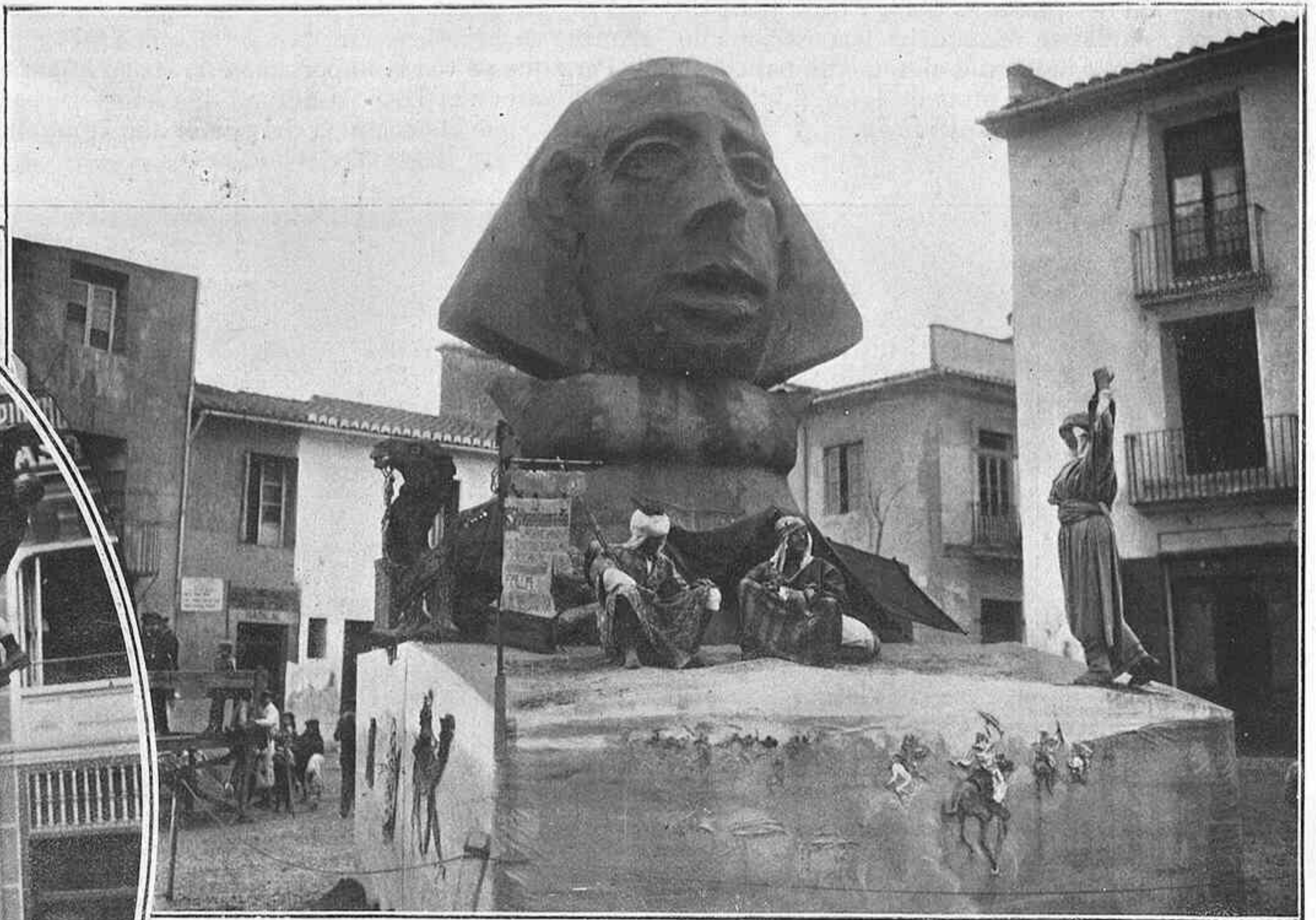
(Fotografías de V. Barberá Masip.)



Falla levantada en la plaza dels Porxets que ha obtenido el primer premio
Es una alusión al conflicto europeo

Seguendo la tradicional costumbre, se han levantado en Valencia, la víspera de San José, las típicas fallas, que, este año, han sido cuarenta y una, la mayoría de ellas sumamente notables. Antiguamente las fallas se levantaban con el exclusivo objeto de fustigar las malas costumbres y los vicios sociales;

maja que sostiene con sus manos una esfera en la que están pintados los colores de las banderas de las naciones beligerantes; esta esfera sirve de apoyo a un balancín en cuyos dos extremos hay dos figuras que le imprimen movimiento, mientras otra, apoyada en el centro y que representa al presidente del Consejo de Ministros Sr. Dato, procura mantener el equi-



Falla levantada en la plaza del Maestro Ripoll que ha obtenido el tercer premio
Representa el alto de una caravana

poco a poco fué extendiéndose su campo de acción y se tomaron como asuntos para las mismas temas políticos de actualidad; y finalmente el arte ha querido también tener su representación en esta popular fiesta.

De aquí resulta que hoy en día las fallas presentan una variedad grandísima y ofrecen a los artistas ocasión de ostentar sus diversas aptitudes, cultivando unos la sátira política o social y rindiendo culto otros al arte puro.

Los grabados que adjuntos publicamos reproducen las dos fallas que han obtenido los premios primero y tercero. La primera es una intencionada alusión al conflicto europeo y a la neutralidad que en el mismo mantiene España: sobre una inmensa pandereta alzáse una soberbia

librio. A los pies de la maja y en actitud de embestirse furiosamente, un gallo y un águila, simbolizando seguramente las naciones francesa y alemana actualmente en lucha.

La segunda tenía un carácter puramente artístico; titulábase *Un alto de la caravana* y representaba, según en el grabado puede verse, a dos árabes sentados al pie de una colosal esfinge y bajo una pequeña tienda de campaña; detrás de la esfinge, un camello tendido, y en uno de los ángulos del tablado, una figura de mujer llevando al hombro un ánfora. En las paredes del tablado, varias pinturas reproduciendo escenas orientales, una de ellas un grupo de jinetes moros corriendo la pólvora.

La falla que obtuvo el segundo premio levantábase en la plaza de las Hierbas, y era una graciosa sátira que ridiculizaba la decadencia del teatro y la preponderancia del cinematógrafo.

El cuarto premio fué adjudicado a la falla de la calle del Dr. Montserrat, que representaba uno de esos *tirs roulants* que tan en boga estuvieron hace poco en muchas capitales y que el Gobierno, con muy buen acuerdo, ha prohibido recientemente.

Los premios concedidos por el Ayuntamiento y varias entidades de Valencia han sido de 300, 200, 150, 100, 75 y 50 pesetas. Además, se han distribuido entre las fallas premiadas artísticos estandartes.

LA MUJER Y EL TRABAJO

OBRA ESCRITA EN INGLÉS POR OLIVA SCHREINER. - TRADUCCIÓN ESPAÑOLA DE FLORA OSSETTE

EDICIÓN ILUSTRADA

En este libro de la eminente escritora inglesa está toda la esencia del movimiento feminista que tanta importancia ha alcanzado y tanto se ha generalizado en nuestros días; en él hállanse condensadas las aspiraciones de la mujer, sus derechos y sus esperanzas, todo ello expresado con la pasión más profunda, la mordacidad más satírica y elocuente, y la amenidad más poética. - Un tomo encuadernado de nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT

Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

AVISO A LAS SENORAS

EL APIOL DE LOS JORET HONOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS 165, Rue St-Honoré, 165 Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE ANEMIA ESCROFULISMO NEURASTENIA INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
Curadas por el más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN